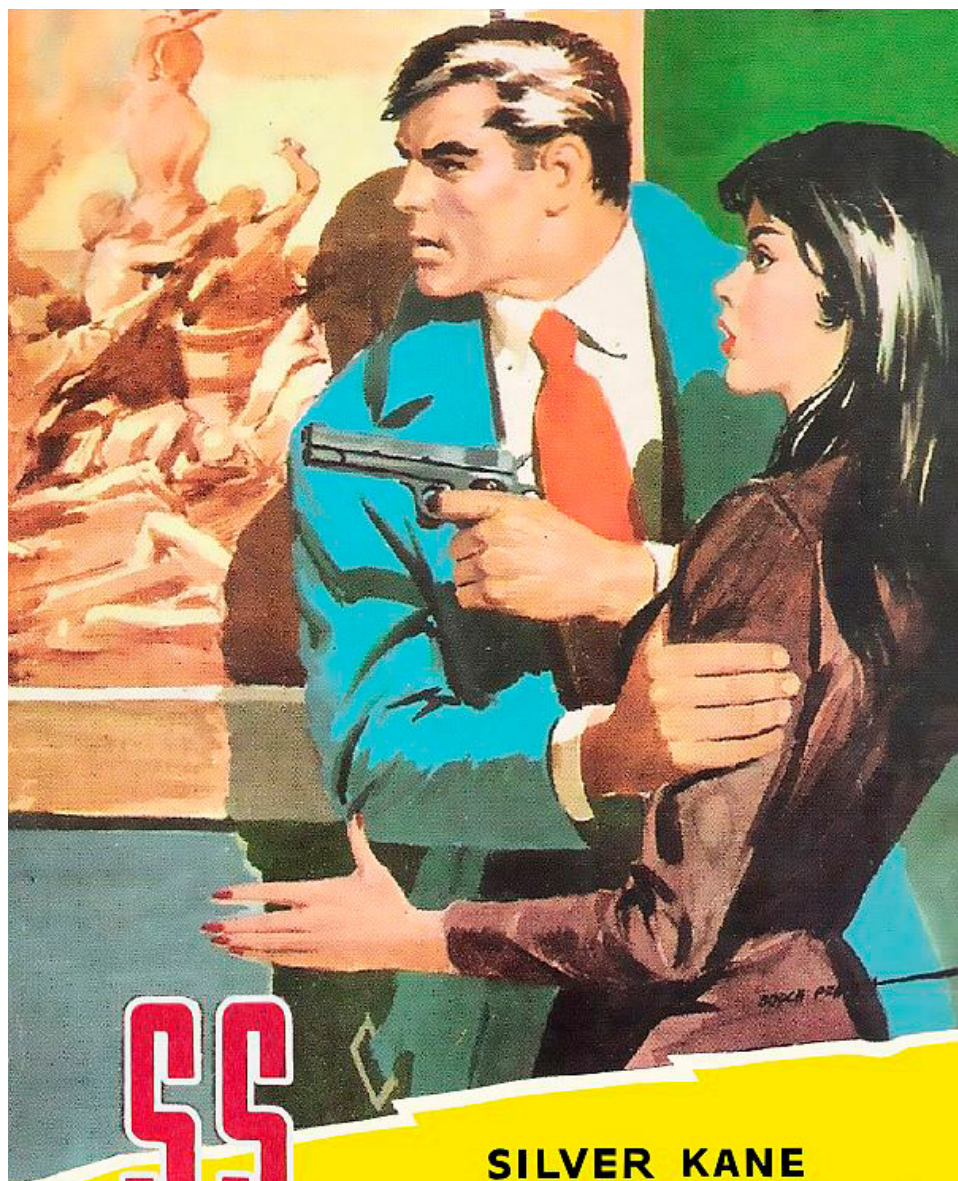




SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE

YO, EL ASESINO

se

Dan Glenfer se gana la vida matando. Y ahora está acabando con todos los hampones de Nueva York de la forma más cruel. A punta de pistola, va a dejarles bien claro que el crimen no compensa.



Silver Kane

Yo, el asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 491

ePub r1.0

Titivillus 30-12-2017

Silver Kane, 1963

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

No me iba a ser fácil matar a Luke Shelby.

Luke no había pedido protección a la policía, pero tenía siempre dos mastodontes rondándole los pasos. Los mastodontes eran dos detectives privados a los que había contratado en el mismo Broadway Avenue, donde vivía.

Aquellos tipos estaban especializados en defensas y protecciones personales, y habían trabajado a favor y en contra del *gang*^[1] del boxeo que domina todos los negocios pugilísticos del estado de Nueva York. Su tipo estaba de acuerdo con su profesión.

Por eso les he llamado mastodontes.

Tenían puños como mazas y mandíbulas de granito. Para tumbar a uno de ellos al primer golpe hacía falta por lo menos ser campeón continental, y resultaba materialmente imposible pelear con los dos a la vez. Además, manejaban a la perfección las armas de fuego.

A uno de ellos, Mike Novelda, le había visto yo un año antes dibujar un perfil humano sobre un tablero, igual que si fuese un dibujante, empleando las balas de una metralleta Thompson.

Luke Shelby, verdaderamente, estaba bien protegido.

Pero yo le mataría.

Luke tenía alquilada una lujosa suite en el piso dieciocho del hotel Broadway, y no salía nunca de allí si no era en compañía de sus dos guardaespaldas. Podía pagarlos bien porque tenía negocios de petróleo en el Irak, el muy cerdo. Todo el oro negro que venía por las *pipe-fines* a través de la Arabia Saudí, se transformaba en oro amarillo para los bolsillos de unos cuantos, entre ellos Luke Shelby. Yo le había visto comer en los mejores restaurantes, disponer de las mejores rubias y hasta comprarle un pequeño rancho a una impresionante «belleza camión» con la cual estuvo encaprichado dos semanas. Luego, cuando empezó a tener miedo, dispuso de parte de su dinero para protegerse bien. Los dos detectives privados

eran mejor defensa para él que todos los uniformes azules de la policía Metropolitana.

Yo había observado sus costumbres bien.

Antes, cuando aún no pensaba matarlo, Luke Shelby era un tipo relativamente asequible, de esos a los que se puede clavar una bala entre las cejas en cualquier momento. Tenía unas costumbres más o menos fijas, que variaban poco de una a otra noche.

Solía dormir toda la mañana. Al mediodía iba a almorzar a cualquier restaurante típico de Greenwich Village, barrio donde era bien conocido. Después, costumbre en un hombre de vida alegre como él, solía dirigirse a la enorme biblioteca municipal y allí, en la sección de libros orientales, se pasaba sin excepción dos o tres horas. A continuación, cuando el crepúsculo otoñal de Nueva York ya había hecho que se encendieran todas las luces de la metrópoli, Luke Shelby empezaba a recorrer cabaré tras cabaré, cenando en cualquiera de ellos. Rara era la noche que no invitaba alguna artista a su mesa. Rara era la noche que alguna artista no se mostraba generosa con él.

Llevaba una vida de rey, el muy buitres.

Pero cuando empezó a tener miedo, como digo, todo cambió.

No sé si fui yo mismo el que le hizo ponerse en guardia. Puede que al verme varias veces empezara a sospechar algo malo; puede que su sexto sentido le avisara de que se estaban terminando las cenas con champaña, los automóviles último modelo y las «rubias camión». Cualquier cosa de las dos pudo ser. A veces los tipos como Luke Shelby, que han recorrido todo el mundo y tienen enemigos de todas las razas, se huelen la mosca. Lo cierto es que cambió tan completamente que me desorientó.

Comenzó por alquilar una suite en el Broadway y no moverse de allí en todo el día. Salió sólo para contratar a los dos detectives privados y acto seguido se encerró con ellos. Nada de cenas fuera, nada de rubias. Luke Shelby se convirtió de repente en una especie de majareta.

Si un día iba a la biblioteca a las tres, al otro iba a las cinco. Luego estaba cuarenta y ocho horas sin salir. A continuación se largaba en automóvil de la ciudad y no volvía hasta veinticuatro horas más tarde. Su costumbre consistía en no tener costumbres fijas. Acabar con él se transformó en una de las cosas más difíciles

del mundo.

Pero yo contaba con buenos procedimientos para asesinarle.

Tenía una ventana frente a sus habitaciones, correspondiente a otro hotel llamado Europe y situado casi enfrente del Broadway, al otro lado del río de vehículos que era la calzada de Broadway Avenue.

Tenía cerca de seis mil dólares.

Y tenía a Sally.

Permitidme que os hable de las tres cosas, puesto que mi técnica de matar no es sencilla.

En primer lugar, Shelby había cometido un grave error al olvidarse de que enfrente del hotel que él ocupaba había otro. Si el edificio frontero es una casa particular, a un posible enemigo le resulta bastante difícil situarse en una de sus ventanas. Pero si es una casa de huéspedes o un hotel, le resulta enormemente fácil. Yo alquilé una habitación desde la que se podían ver las ventanas de la suite de Shelby, me traje con el equipaje mi rifle telescópico y lo monté durante las noches esperando una oportunidad.

Pero Broadway Avenue es el disloque. Pueden circular hasta tres hileras de coches en cada dirección, los incansables anuncios luminosos hacen que todo parezca moverse, aunque uno esté en el dieciocho piso, y para postres Shelby no se asomaba jamás a las ventanas durante la noche. Solo una vez lo tuve a tiro durante unos minutos, cuando se asomó para presenciar un desfile con antorchas de la Legión Americana. Pero estaba muy inclinado hacia adelante, el blanco no resultaba seguro y decidí no arriesgarme a perderlo todo por un disparo mal hecho.

Luego estaban los seis mil dólares.

Cuando un tipo que piensa asesinar a otro tiene seis mil dólares en una cuenta corriente, no siente ninguna prisa. Puede cometer su crimen incluso con elegancia y fantasía, como la última carambola de una partida de billar. Si yo hubiese tenido que matar a Luke Shelby a fecha fija habría fracasado, seguramente. Pero como podía esperar varios días, o varias semanas incluso, mis proyectos no podían fallar.

En esos proyectos se encontraba Sally.

Sally era la hermana de la «belleza canción» a la que Shelby compró un ranchito durante los quince días en que estuvo

eternamente enamorado de ella.

Aunque Sally no estaba delgadita, ni mucho menos, tampoco resultaba tan detonante como su hermana. Para mi gusto estaba más proporcionada, lo tenía todo mejor dosificado, aunque también le sobraba un poco de aquí y le sobraba un poco de allá. Sus cabellos eran de un rubio más discreto, sus labios eran más naturalmente rojos que los de su hermana Mara, sus ojos eran más bonitos y su boca más pequeña. Mara, en cambio, la tenía demasiado grande, y cuando entreabría los labios no se sabía si quería besar o comer, aunque a un tipo como Luke Shelby le daba lo mismo.

Conocí a Sally en circunstancias un poco especiales.

Fue cuando Luke Shelby se enamoró eternamente por quince días de su hermana Mara y le compró el ranchito en el Oeste central. Yo había estado vigilando a Luke Shelby, de modo que me enteré de sus relaciones día por día. Mara, para irse con Shelby a que este le enseñara a criar vacas en el Oeste central, tuvo que plantar a un tío llamado Liman, una especie de chulo que estaba adscrito a los *gangs* del puerto y que era su «protector» de turno.

Cuando a un tipo como Liman le planta su amiga, suele esperar a que regrese y le marca entonces toda la cara con las aristas de cristal del gollete de una botella.

Pero Liman era un impaciente.

En vista de que Mara no regresaba, decidió dar un escarmiento a su hermana, que trabajaba como manicura en el Broadway Hotel.

La citó en un tugurio del East River, y ella fue. Como por aquellos días yo estaba esperando recibir noticias de Mara y de Shelby por mediación de Sally, la vigilaba también y me enteré de todo. Creo que Liman debió elogiar la belleza de Sally y hacerle luego ciertas proposiciones para que sustituyera a su hermana. Como Sally se negó, en una de las callejas del East River, uno de esos túneles oscuros cuya única salida es el Hudson, intentó marcarle la cara con una navaja.

A mí, la verdad, Sally me importaba poco.

No apuesto un centavo por la virtud de una manicura como ella, y para mí que tenía las manos llenas de los besos y la baba de sus clientes, casi todos viejos.

Pero tampoco me gustan los tipos como Liman, que se pavonean ante las mujeres y que usan navaja.

Cuando Linean la tenía acorralada, le había tapado la boca e iba a marcarla, yo surgí de entre las sombras.

Toqué en un hombro a Liman y le dije:

—Hola, amigo.

Liman se volvió.

Él, pobrecito, no me conocía.

No sabía que yo era un tipo que iba a matar a Luke Shelby y que había matado ya a cinco hombres más. No sabía que él, Liman, con toda su chulería y su traje rayado, era un monigote para mí. No sabía que podía dejarlo tieso. No sabía nada de nada.

Por eso se engalló y me dijo muy finamente:

—Lárgate...

Del primer rodillazo en el bajo vientre lo hice doblarse. Aulló y empezó a lanzar unas maldiciones tan selectas que yo no las había oído nunca a pesar de haber «trabajado» a tipos como él en los peores puertos del mundo. Hizo con el brazo derecho un movimiento de abajo arriba y trató de clavarme la navaja junto a la ingle, para abrirme el vientre en diagonal. Pero yo ya conocía el truco y di un salto hacia atrás, haciendo que la navaja pasara como una exhalación por delante de mi cuerpo, sin tocarme.

El brazo derecho de Linean quedó levantado, con la navaja brillante arriba de todo. Parecía en esa postura una estatua de la Libertad, pero plenos.

Le sujeté el brazo armado entre los dos míos, le hice una llave de judo y lo derribé a tierra.

No lo solté, desde luego.

A un tipo como Linean no había más remedio que romperle el brazo para estar seguro de que no me iba a abrir en canal.

Le rompí el brazo.

No me gusta hacer esa clase de trabajos, sobre todo cuando el «paciente» maldice y aúlla como un condenado. Pero si uno tiene cierta técnica, puede terminar pronto y haciendo relativamente poco daño. A Liman le partí el cúbito por un solo sitio y le dejé el brazo derecho convertido en una cosa blanda y flácida que daba pena. Su aullido se dejó oír durante unos segundos, y luego perdió el conocimiento. Lo empujé con el pie sólo unas yardas y lo arrojé al río, ante la mirada atónita de Sally.

Por descontado, yo ya conocía bastante de la vida de Liman para

saber que con un solo brazo podría ponerse a salvo.

La presa que me había fijado era Luke Shelby, y no quería molestarme en matar a un tipo de ínfima categoría como Liman, uno de esos que están tan sobrecargados de porquería que cuando mueren manchan a todo el mundo. No quería que empezasen ya a buscarme por una muerte que, al fin y al cabo, nada me solucionaba.

En efecto, lo vi mantenerse a flote y arrimarse poco a poco a la orilla.

Luego me volví hacia Sally.

¿He dicho ya que Sally tenía de todo, y que hasta le sobraba un poco para los días de fiesta?

Era como una escultura que llenaba la sórdida calleja.

—Vamos —dije—. Pronto llegará alguna patrulla y no conviene que nos encuentren aquí.

Ella me siguió.

Claro. ¿Qué iba a hacer?

En las películas siempre sucede así. En la vida real lo mismo, porque las mujeres aguantan muchas cosas, pero que uno las deje solas en medio de un fregado no lo han aguantado nunca.

Como yo conocía muy bien todas las callejas del East River, logramos salir de allí a pesar de los silbatos de la policía y a pesar de los faros de un coche patrulla. Quince minutos después, pudimos considerarnos lo bastante a salvo para sentarnos en el interior de un bar. Lo único que Sally me preguntó fue:

—¿Cómo demonios conocía tan bien ese asco de callejas? Yo le creía un caballero.

—Nací en el East River.

—¿Cómo te llamas?

—Dan.

Mientras le decía mi nombre, le estreché de repente las manos y la miré al fondo de los ojos.

—Sally —pregunté inesperadamente—. ¿Quieres casarte conmigo?

Por supuesto, yo no pensaba casarme con Sally, la manicura del Broadway Hotel, la hermana de Mara, que tenía un ranchito en el Oeste pagado con el oro babeante de Luke Shelby.

No. No pensaba casarme con ella, aunque estaba como para

disparar cañonazos.

Sally era, sencillamente, una pieza de mi plan.

La primera pieza era la ventana.

La segunda, seis mil dólares.

La tercera, Sally, una mujer.

Esta iba a ser la más eficaz y la que menos me preocupaba.

Fui a buscarla al mismo Broadway Hotel tres días antes de la fecha que tenía fijada para la muerte de Luke Shelby.

No me importaba poner los pies allí porque desde mi ventana había visto que Shelby y sus dos guardianes estaban jugando una partida de cartas. No bajarían al vestíbulo por lo menos en una hora.

Entré en la barbería del hotel y pedí que me arreglaran el pelo. Sally estaba allí, haciéndole las uñas a un viejo y escuchando no sé qué de un pisito que este tenía en Manhattan. La miré, y Sally, que apenas escuchaba al viejo, se quedó sin respiración. Luego le cortó en un dedo y el viejo empezó a lanzar maldiciones donde su pisito de Manhattan no salió a relucir para nada.

Sally se disculpó y terminó con él como pudo, es decir, de cualquier manera. Luego vino hacia mí, que ya me estaba secando la cara.

—¿Es que has venido a buscarme, Dan?

—Claro, cariño.

—Todavía voy a tardar en salir cerca de media hora.

—No importa. Esperaré.

Me levanté del sillón de afeitarse y fui a sentarme en una de las sillas que había cerca de las manicuras. Sally ya no tenía que arreglar las manos a ningún viejo más, pero aún debía aguardar media hora, hasta el fin de la jornada. En aquel momento entró uno de los botones y dejó sobre la mesita un ejemplar de cada uno de los periódicos de la noche. Tomé distraídamente el que estaba encima de la pila. De vez en cuando, Sally, que limpiaba sus utensilios, me dirigía unas miradas de muda admiración que daban pena.

Claro, iba a casarme con ella, o al menos eso creía la muchacha.

Y yo no soy un mal tipo, visto desde fuera.

Resultado de buena estatura, tengo los ojos negros y duros, una musculatura tensa, siempre dispuesta a entrar en acción, los

cabellos de un agradable color castaño, y la boca firme y recta. Uno de esos tipos que, sin ser exageradamente guapos, gustan a determinada clase de mujer. Además, qué cuerpo; Sally sentía cierta predisposición a encontrarme guapo porque pensaba que yo iba a casarme con ella.

Desdoblé el periódico.

En un artículo sobre la delincuencia en los Estados Unidos, a un periodista hotentote aún se le ocurría hablar del incendio en la penitenciaría de Illinois y de la fuga de Dan Glenfer, quien había logrado fugarse aprovechando la confusión y llevándose además siete mil dólares de la Caja de Socorro de la penitenciaría.

Sally estaba intentando intercambiar conmigo una sonrisa desde hacía una semana. Yo no lo notaba.

¿Por qué a aquel periodista se le habría ocurrido escribir ese artículo? Lo de la penitenciaría de Illinois ya estaba pasado de moda. Había ocurrido dos meses antes, y ni Dan Glenfer ni los siete mil dólares robados habían sido encontrados ya más. ¿Qué le importaba a la gente la historia de un fugitivo de presidio?

El periodista decía que sí, que le importaba mucho.

«Dan Glenfer —escribía— fue condenado a muerte por asesinato e indultado dos días antes de la ejecución. Luego, en virtud de las estúpidas leyes de la mayor parte de los estados que forman nuestro país, su condena de reclusión perpetua quedó reducida a siete años, y aun se hablaba de que Dan Glenfer sería puesto en libertad bajo palabra. Pero nada de esto tuvo que suceder, puesto que Glenfer huyó aprovechando el incendio de la penitenciaría. Lo alarmante de esta situación no es que un asesino esté suelto, sino que lo peor es que se trata de un hombre cuyo trabajo es matar. Verdadero profesional del crimen, Dan Glenfer confesó después del juicio que cobraba por sus asesinatos de cinco a siete mil dólares. ¡Alerta, ciudadanos! Porque si alguien le contrata y le señala una víctima..., ¡Dan Glenfer volverá a matar!»

Terminé de leer el artículo y dejé el periódico sobre la mesa.

Sally se acercaba a mí.

—¿Qué te pasa, Dan?

—¿A mí? ¿Qué iba a ocurrirme?

—Estás como obsesionado, y hasta te ha cambiado la cara. Hace cinco minutos que intento verte sonreír.

Sonreía.

Estaba pensando que el imbécil autor de aquel artículo no había publicado ninguna fotografía acompañando al mismo. Era necesario saber si los otros periódicos lo harían.

—¿Cuánto tardas en salir? —pregunté a Sally.

—Diez minutos.

Ella ya estaba como desarmada ante mi sonrisa.

—Te esperaré con impaciencia. No te entretengas.

En aquel momento entró el mismo botones de la vez anterior.

—Perdone —dijo, tomando el periódico que yo acababa de leer

—. Me he equivocado. Este es el ejemplar de uno de nuestros clientes.

—¿El de míster Shelby?

—Exacto, sí, señor. Se lo subo todas las tardes.

Me miraba sorprendido.

—Está bien. De todos modos, muchas gracias.

De modo que Luke Shelby leía todas las noches el *New York Tribune*, precisamente aquel en que acababa de aparecer el artículo sobre Dan Glenfer.

Cochina casualidad.

De todos modos, él ya estaba muy asustado. No iba a inquietarse más aún por las lamentaciones de un periodista. Que leyese aquel artículo si le daba la gana y que se empapase bien.

De todos modos, ya sólo le quedaban dos días de vida.

Miré los otros periódicos, por si alguno de ellos hablaba también de Dan Glenfer, ya que los periodistas tienen la mala costumbre de copiarse los tenlas unos a otros. Pero ninguno de ellos mencionaba para nada el incendio de la penitenciaría de Illinois ni al hombre que la había aprovechado para huir llevándose siete mil dólares, de los cuales ahora podían muy bien quedarle seis mil aproximadamente.

Dejé los periódicos.

Sally ya estaba arreglada y a punto para salir, hecha un sol ante mí. A propósito: ¿he dicho ya que cualquiera se hubiese puesto a aullar de entusiasmo ante la sola perspectiva de casarse con ella?

Claro que Sally se casaría años más tarde con cualquier tendero, después del desengaño que yo iba a darle. ¿Pero qué puede uno hacer? Los negocios son así.

Salimos juntos.

—¿Te has despedido ya? —le pregunté.

—Sí. Mañana es mi último día de trabajo. ¿Y tienes tú ya decidido el sitio donde vamos a vivir?

—Por el momento, iremos de hotel en hotel pasando la luna de miel. He alquilado para el viaje un «Chevrolet» azul como no los hay por las carreteras. Luego iremos a vivir al Oeste, a la casa de que te hablé en Chisamnita River.

Sally estaba a punto de llorar de emoción.

Subimos al «Chevrolet» alquilado, única cosa cierta que había en todo aquel mejunje. Me puse al volante y conduje despacio hacia Times Square por entre el gran tránsito de Broadway Avenue, dejando que Sally cerrara los ojos y soñase con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

Al llegar a Times Square le acaricié un brazo suavemente.

—Sally...

Ella abrió los ojos.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde nos casaremos?

—En el ayuntamiento, ¿no?

—He cambiado de idea. Ya lo tengo todo arreglado para que el juez venga al Broadway Hotel. He hablado también con el gerente y nos reservarán unas habitaciones para la ceremonia en el piso dieciocho.

El piso dieciocho era aquel en que Luke Shelby se encontraba encerrado con sus dos guardaespaldas.

Claro que Sally no lo sabía.

La suite que había alquilado Luke Shelby estaba situada al fondo de un pasillo, y para llegar a ella había que atravesar una puerta.

Detrás de esa puerta se encontraba la suite de Luke y un cuarto de baño muy modesto que había sido destinado al servicio del piso.

No había allí nada más.

Yo estaba enterado de que Shelby pagaba un suplemento para que ese cuarto de baño no lo utilizase nadie, a excepción de sus dos guardaespaldas. De este modo, él quedaba como arrinconado al fondo del pasillo, en una especie de fortaleza, y para llegar a él había que atravesar dos puertas.

El Broadway Hotel es, además, uno de esos sitios donde el

servicio vigila realmente.

Dos veces había intentado yo llegar hasta la suite fingiendo equivocarme. Las dos veces me detuvieron y me advirtieron que más allá de aquella puerta no se podía pasar.

Por eso tuve que acudir a Sally y organizar allí lo de nuestra boda.

La broma me costaría cerca de dos mil dólares, pero valía la pena.

Desde mi ventana había observado todo el movimiento que había cerca de la escalera de incendios, a la cual tenía también salida la suite de Luke Shelby, y que yo pensaba emplear para huir. El movimiento en aquella zona era prácticamente nulo a la hora que yo había elegido para terminar el «trabajo».

La ventana observatorio, pues, me había sido muy útil.

Los seis mil dólares también.

Y ahora me quedaba Sally.

Sally estaba resplandeciente cuando se presentó en el hotel para celebrar su boda. Nunca creo haber visto una mujer tan guapa, tan elegante y tan ilusionada como ella. Estaba como para ponerse a lanzar aullidos delante de su ventana.

Lástima de chica.

El juez vino puntualmente, hizo que los testigos se acercaran y nos empezó a endosar un discurso sobre la importancia que las leyes del estado de Nueva York conceden al matrimonio. Yo, mientras tanto, iba palpando en mi funda axilar el pequeño revólver con silenciador acoplado.

Cuando creí llegado el momento oportuno, empecé a hacer el ridículo.

Quiero decir que empecé a fingirme la mar de emocionado. Vacilé, me llevé una mano a la garganta, me incliné hacia adelante e hice todo lo que suele hacer el que está a punto de evacuar a la fuerza todo el contenido de su estómago.

Recuerdo perfectamente todos los que en aquel momento estábamos en la habitación.

Los que yo había calculado.

El juez, dos testigos elegidos entre el personal del hotel, dos amigas íntimas de Sally, el gerente y los dos novios, es decir, Sally y yo.

Fue el gerente el que se inclinó sobre mí.

Yo era un cliente importante. Había pagado dos mil dólares por el alquiler de tres habitaciones y el lunch que seguiría a la boda. Es decir, una auténtica barbaridad. Por eso el gerente me minaba.

—Lléveme a un cuarto de baño —supliqué—. ¡Pronto, el que esté más cerca!

Yo sabía que el que estaba más cerca era el contiguo a la suite de Luke Shelby, ya que para llegar a otro había que atravesar casi todo el piso.

El gerente abrió la puerta con una llave maestra y me acompañó hasta allí sin vacilar.

—Es sólo un momento... —dije.

Sí, en efecto. Fue sólo un momento.

Mientras miraba la puerta de la suite de Luke Shelby, saqué mi revólver de la funda axilar. Hice un solo gesto y golpeé la cabeza del gerente.

Yo sé hacer esas cosas. No lo maté, sino que lo dejé solo aturdido por unos cinco minutos. Algo parecido pensaba hacer con los dos guardaespaldas de Shelby, aunque eso sería más difícil.

Le sostuve para que no hiciera ruido y lo dejé en tierra, abriendo luego bruscamente la otra puerta, la que daba a las habitaciones del hombre a quien pensaba matar.

Uno de los dos rinocerontes estaba sentado en una butaca, frente a esa puerta. Saltó bramando nada más verme aparecer.

Iba en mangas de camisa, tenía una funda axilar y un revólver en ella, pero no llegó a sacarlo. Le disparé al brazo derecho, hiriéndolo levemente, y él se encogió. Mi revólver apenas produjo un taponazo. Cuando el detective se encogía, le aplasté dos veces la culata sobre el cráneo.

Empezó a arrugarse.

Pensé que tendría al menos para cuatro o cinco minutos y que aun así no sería luego elemento peligroso, por estar herido en un brazo.

Mientras pensaba esto, oí galopar al otro.

Venía como un bólido desde la otra habitación, y sin duda llevaba ya la pistola en la mano.

Debía haber oído como el otro gritaba.

Me pegué al costado de la puerta por donde tenía que entrar,

mientras levantaba el revólver. Abrió y pasó delante de mí como una exhalación, pero se le acabó el gas muy pronto.

Cuando le golpeé con la culata en la nuca, cayó hacia adelante y lanzó un grito que parecía impropio de su corpulencia.

Mientras le veía caer, yo pensaba en Sally. Sally, con un ramo de flores de azahar en la mano, aguardando...

Me encogí de hombros.

El gorila no tuvo bastante con un golpe. Quiso revolverse y apuntarme, pero le di su ración de culatazos antes de que pudiera conseguirlo. Quedó quieto y con unos hilos de sangre entre sus cabellos, pero sin peligro ninguno para su vida.

Yo, cuando trabajo, trabajo bien.

Sólo me quedaba Luke Shelby.

Habían transcurrido tres minutos desde que abandoné a Sally y los otros, unas habitaciones más allá. No habían tenido tiempo ni de extrañarse tan siquiera.

Yo sabía, por haberlo observado durante un tiempo, que Shelby, a esa hora, estaba en la bañera.

Lo iba a encontrar allí.

Shelby no se había movido, paralizado por el miedo. Jadeaba de terror dentro del agua, envuelto en grandes burbujas de jabón que lo hacían parecer todavía más ridículo y pequeño. Porque Shelby no era un tipo, sino un tipejo. Uno de esos individuos astutos que caminan siempre de puntillas y cuando le hacen daño a uno es por la espalda. Intentó arrojarme jabón a la cara, mientras lanzaba un chillido casi femenino, y me manchó el traje. Yo empecé a levantar el revólver poco a poco.

Shelby, sin las gafas, estaba muy cambiado. A bastante gente de buena memoria le habría gustado verle así.

Antes de que se pusiera a aullar como un condenado, resolví terminar con él.

Empecé a disparar, y las balas produjeron como un chapoteo al hundirse en el agua una tras otra. Los estampidos eran igual que taponazos. Luke Shelby quiso hundir la cabeza bajo el agua como si eso hubiera de salvarle. Las burbujas de jabón perfumado empezaron a teñirse de rojo. Cuando hube disparado las seis balas, Shelby quedó quieto como una momia. Bueno, en realidad, eso es lo que era ya.

Recargué el revólver por si me era necesario emplearlo más adelante, lo puse de nuevo en la funda axilar y corrí a toda la velocidad de mis piernas hacia la salida que daba a la escalera de incendios.

Ya no volví a pensar en el hombre que se desangraba dentro de la bañera, ni en Sally, que me aguardaba con sus flores de novia.

2

A las tres de la tarde de aquel mismo día, en la biblioteca pública de la Institución Rockefeller, tuve un nuevo contacto con mi cliente.

Él era el que me había encargado matar a Luke Shelby. Ahora iba a entregarme una suma de dinero para resarcirme de los gastos y recompensar mi trabajo.

Escapar por la escalera de incendios no me había costado nada, teniendo en cuenta que no estaba dada la alarma en el hotel. A continuación había ido a devolver el Chevrolet a la casa donde lo tenía alquilado, y a la que naturalmente había dado un nombre y una dirección falsos. Y borrada esta huella que yo consideraba esencial, me había presentado en la biblioteca para ver a mi cliente.

Por entonces la noticia del crimen ya se había difundido.

Dos emisoras la habían dado en su boletín del mediodía. Los periódicos de la tarde preparaban su buena media página con los detalles del suceso. Y la brigada de Homicidios de la Metropolitana ya había entrado en acción, obteniendo huellas, recogiendo declaraciones y disponiendo la autopsia urgente del cadáver de Shelby.

Claro que sobre el culpable lo sabían ya todo.

Era un tipo que iba a casarse con Sally y que la dejó plantada para ir a matar a un hombre. Un tipo que había dado el nombre de Dan Cummings al juez que iba a unirle en matrimonio. Un fulano al cual varias personas podrían describir perfectamente; es decir, yo.

Lo más sensato habría sido largarse de Nueva York en seguida.

Pero yo no podía hacerlo sin entrar antes en contacto con mi cliente.

Lo miré.

Era un tipo alto y grueso, con aspecto de abogado de una firma bancaria, y nadie hubiese imaginado al verlo que se dedicara a

encargar crímenes a una especie de asesino profesional.

El cliente en cuestión se llamaba Donovan.

Poco sabía yo de él, excepto que me había buscado para encargarme lo de Luke Shelby y que había prometido pagarme en cuanto el trabajo estuviese hecho. Había acudido con puntualidad a la cita, lo cual era indicio de que pensaba cumplir su promesa.

Se levantó de su asiento, situado a poca distancia del mío, al darse cuenta de que yo lo miraba. Fue a la estantería donde estaban situados los libros en lenguas orientales y escogió uno que los dos conocíamos de antemano. Se titulaba *Las tres mil fórmulas del amor*. Buen panorama.

Se lo llevó a su asiento y estuvo consultándolo, al parecer, durante media hora, tiempo que yo empleé en leer aburridamente los periódicos recién llegados de Bagdad, como si conociera el idioma, ocultando parcialmente mi rostro, a pesar de que solo había otras dos personas en aquella sección de la biblioteca.

Transcurrida la media hora, mi cliente se puso en pie y depositó el libro en su estante, marchando seguidamente de la sala.

Dejé transcurrir unos diez minutos, con todos los nervios en tensión, vigilando atentamente las idas y venidas de uno de los lectores, que parecía querer acercarse a aquel mismo volumen. En el momento en que me pareció que nadie reparaba en mí, me aproximé a *Las tres mil fórmulas del amor*, y lo retiré de la estantería lentamente, llevándolo a mi asiento.

Este truco de comunicarse por medio de un libro es tan viejo como la misma imprenta, pero resultaba sencillo y siempre sale bien, sobre todo en un lugar tan muerto como una biblioteca pública a las tres y media de la tarde.

Dentro del libro había cinco billetes de los grandes y un papel de notas con un solo nombre y una dirección escritos en él.

El nombre era: Farley Winter.

La dirección correspondía a un *dancing*^[2]. El *Pretty Cubanita*, un local típico de Harlem.

Farley Winter no estaba en el *Pretty Cubanita*, pero me recibió su novia.

Su rostro no tenía nada de cubanita ni de antillana, porque era blanca y rubia. Llevaba un vestido rojo y sus piernas cruzadas parecían haber sido hechas expresamente para anunciar las medias

de nilón que lucía. Fumaba como una auténtica millonaria, es decir, daba dos chupaditas a su cigarrillo y luego lo aplastaba contra el cenicero. Todo lo demás que había en ella era de millonaria también.

Farley Winter debía haberla cubierto de oro.

—¿Para qué le buscas? —preguntó, después de hacerme entrar en su despacho—. Por cierto, me parece que a ti te he visto en alguna parte.

Me senté y la miré yo también, desde las rodillas enfundadas en nilón a los labios rojos que con solo dos chupadas hacían papilla el cigarrillo.

Era verdad; tenía que haberme visto.

Todos los periódicos de la noche publicaban mi foto con la misma profusión que si yo hubiese sido elegido presidente de los Estados Unidos.

Los titulares eran más o menos: «Dan Glenfer ha dado nuevas señales de existencia. Alguien lo ha alquilado para matar». «Extraño crimen en un hotel de Nueva York». «Se supone que Glenfer ha huido de la ciudad, y la brigada de Homicidios está cursando su descripción por todas las vías de comunicación del país».

Pero no; no estaba fuera de la ciudad. Había hecho lo contrario de lo que los policías esperaban, y estaba seguro de que el truco me saldría bien por lo menos durante veinticuatro horas. Luego ya veríamos. Farley Winter, por lo pronto, estaría muerto.

Su novia me miraba.

—A ti creo haberte visto —repitió.

—He actuado en los programas deportivos de la televisión —dije.

—¡Ah, sí! Claro, tiene que ser eso. Ya decía yo que tu facha me resultaba familiar. ¿Para qué buscas a Farley?

—He de hablar con él.

—¿De qué?

—De un negocio.

—Yo soy su agente de negocios.

Suspiré.

—Me han dicho que eres su novia y además la propietaria de este local.

—Lo soy a medias con Farley.

—¿Te ha pagado él su parte?

Belinda, que así se llamaba la sirena, empezó a mirarme con suspicacia.

—Oye: ¿quién eres de verdad? ¿Un inspector del fisco?

—Nada de eso, nena. No he pagado mis impuestos hace al menos cuatro años.

—Dime para qué quieres ver a Farley.

—¿Recibes a todos los que preguntan por él?

—Sólo a los desconocidos.

—Lo cuidas bien, ¿eh?

—Vamos a casarnos.

—Ya te he dicho que quiero hablar con él de un negocio —expliqué, con voz más apremiante—. Él no me conoce, pero creo que le interesa hablar conmigo. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Antes de mañana será difícil,

—¿Por qué?

—¿No sabes cuál es la profesión de Farley?

—La de ser novio tuyo me parece la mar de interesante. Por lo demás, ni idea.

Belinda aplastó el cigarrillo y encendió otro. Debía tragarse un paquete cada inedia hora, pensé.

—Es cronometrador —dijo.

—Me parece una profesión demasiado complicada.

—Pues no lo es.

—Depende de lo que haya que cronometrar, supongo.

—Exacto.

—Supongo que estará cronometrando algún espectáculo deportivo. Dime dónde puedo encontrarle. ¿En alguna pista de ceniza, cronometrando los entrenamientos?

—Nada de eso. Estará ahora cronometrando las pruebas de un nuevo submarino. Todos los periódicos lo dicen.

Era verdad. Todos los periódicos hablaban de las pruebas de un nuevo sumergible ultraenano, especie de torpedo capaz de alojar a un solo hombre, y que aquella noche iba a ser probado en el estuario del Hudson. El submarino debía ser capaz de atravesar las más sólidas barreras de seguridad, llevaba un aparato antirradar que desorientaba a los enemigos y transportaba tres cargas atómicas capaces de hacer astillas a tres acorazados. Solo eso.

Los periódicos también decían que si aquel artefacto respondía a las pruebas, transformaría la guerra en el mar. Pero a mí a guerra en el mar me importaba un comino.

—Toda la prensa lo ha escrito —repitió ella,

—Pero no ha dicho que el cronometrador fuese Farley.

—No, aunque bien pudieron haberlo mencionado. Farley es un verdadero técnico de la Subsecretaría de Marina.

—Parece extraño que al propio tiempo sea dueño de la mitad de este local.

—¿Qué tiene este local de malo?

—Tus malditos cigarrillos.

Me levanté, le arranqué el cigarrillo de entre los labios y la puse en pie de un tirón. Ella era todo nervio, bien lo veía yo ahora por la tensión indomable de sus músculos, pero a mí se me abandonó de pronto, quedando colgada de mis brazos como una cosa inerte, con la que yo podía hacer lo que quisiera. Bueno, eso parecía.

Cuando le di el primer beso, me propinó un bofetón.

Cuando le di el segundo, se limitó a quejarse.

Cuando le di el tercero, correspondió.

Las mujeres son así. Todo va bien —a veces— si uno aguanta las primeras bofetadas.

La dejé caer en el sillón, tomé del paquete un nuevo cigarrillo, se lo puse en los labios y se lo encendí.

Ella me miraba.

No parpadeó ni siquiera cuando acerqué a sus ojos la llamita del fósforo.

—Sabes tratar a las mujeres —bisbiseó.

—A algunas.

—Debes haber tratado a docenas.

Arrojó el cigarrillo y se puso en pie. Ahora me besó ella. Sabía hacerlo mejor que yo, mejor que cualquiera.

Sólo que yo noto cuándo un beso es una despedida.

Aquel lo era.

—Volveré mañana a ver a Farley —dije—, sobre todo si estás tú sola aquí. Al fin y al cabo, no tengo tanta prisa.

—Cuando quieras, demonio.

—Hasta mañana, ángel.

Entrecerró los ojos y se dejó caer de nuevo en la butaca,

cruzando otra vez las piernas.

No quise mirarla, porque si la miro todo se va al infierno.

Salí.

El Pretty Cubanita atraía a mucho personal negro, sobre todo los sábados por la noche. Y esa noche era sábado. En la pista había al menos trescientas parejas de color, moviéndose inarticuladamente. Aquella pista era grande como un campo de béisbol. La animaban dos orquestas.

Algunas chicas blancas de aspecto más bien lánguido se movían entre la concurrencia, y al parecer, tenían éxito. Yo recordé sin querer la frase favorita de los salvajes del Ku-Klux-Klan: «Los negros quieren carne blanca».

Seguro que el Pretty Cubanita daba dinero a raudales, a pesar de estar frecuentado por gentes de color. Por eso era más extraño lo que yo había leído en los periódicos de aquella tarde: El Pretty Cubanita estaba en venta.

Salí, encendí un cigarrillo y di la vuelta por una estrecha callejuela para buscar la parte trasera del local.

Ya conocía la distribución del Pretty Cubanita como la distribución de los bolsillos de mi traje. Eso formaba parte de mi trabajo.

Se podía llegar a la parte trasera alcanzando un pequeño patio semirruinoso y lleno de escaleras retorcidas, semejante a los de los viejos barrios de Nueva Orleans. Para mí no fue difícil, contorsionándome un par de veces, alcanzar ese patio, que estaba a unas cuatro yardas por encima de mi cabeza. Desde allí pude llegar otra vez a las inmediaciones del despacho de Belinda.

Belinda aún continuaba allí. Yo podía oír a través de la puerta entreabierta el sonido de un disco telefónico al ser marcados varios números en él.

Total, habían transcurrido apenas cinco minutos desde que yo salí del local.

Luego oí su voz.

—¿Ramsay?

Alguien, al otro lado del hilo, debió contestar que sí, que era Ramsay, o algo parecido.

—Oye, Ramsay, acaba de venir un hombre. Ha preguntado por Farley. Dice que necesita verle.

Nueva pausa.

—No, no se trata de ningún viejo amigo. Es un desconocido, aunque su rostro me ha recordado algo, no sé bien qué. Me ha dicho que trabajaba en los programas deportivos de la televisión, pero por supuesto es mentira. Le he hecho creer que me lo tragaba todo. He intentado infundirle confianza.

«Pero yo no soy tan tonto, nena —musité, entre dientes—. Me las he visto ya con muchos hombres y con muchas más mujeres...»

Nueva pausa.

—Era muy sospechoso. Te lo aseguro, Ramsay. ¿Por qué ha venido aquí si apenas nadie sabe que Farley tiene algo que ver en este negocio? ¿Para qué quiere verle? Estoy asustada, Ramsay.

A través del pequeño espacio que dejaba la puerta entreabierta la vi. Estaba inclinada hacia adelante, apoyados los codos en la mesita del teléfono, y balanceaba una pierna, sosteniéndose sólo sobre la puntita de uno de sus altos tacones. Si estaba asustada, no lo parecía. En todo caso, era una mujer como para haber hecho perder la cabeza a Farley o como para hacérmela perder a mí.

Escuchaba atentamente lo que le decían desde el otro lado del cable.

—No, Ramsay, por supuesto que no puede ser un federal —dijo, al cabo de unos instantes—. No hubiera mostrado su juego tan a las claras desde el primer momento. Más bien da la sensación de un tipo que tiene mucha prisa y muy poco miedo. Un fulano que piensa hacer como sea «un trabajo fácil» y luego largarse de la ciudad.

Desde luego, Belinda no era tonta. Había adivinado mi situación exactamente. Un trabajo rápido y salir cuanto antes de Nueva York; eso era lo que yo quería, sin importarme los riesgos. Porque cuanto más tiempo estuviera en la ciudad, más grandes serían los peligros.

Ramsay le debía estar soltando un discurso. Ello debió aumentar el nerviosismo de Belinda, porque le vi mover la pierna más frecuentemente.

—No, Ramsay, te prometo que no —dijo después—. Creo que está justificado el que todos nos pongamos alerta. Han matado a Luke Shelby y ese hombre podría muy bien ser su asesino. Me lo ha parecido ya en el primer momento, pero para estar segura hubiese debido tener un periódico delante. En la duda, he procurado infundirle confianza, como te digo. Pero en sus ojos había algo que

me ha hecho estremecer. ¡Puede que se trate del propio Dan Glenfer, el hombre que cobra para matar!

En mis labios, mientras escuchaba la voz de Belinda, había aparecido una sonrisa cuadrada.

Fue entonces cuando oí salir por entre sus magníficos labios mi sentencia de muerte.

—Con tres hombres habrá bastante —dijo—. Le he besado para poder palpar sus ropas, y no lleva más que una funda axilar con un solo revólver, probablemente un calibre 38, pero con silenciador. Si podéis acorralarle no creo que resista las pistolas de Charlie, de Adams y de Cly. Ha salido de aquí hace unos siete minutos y se dirige a ver a Farley hasta el estuario. Ya me imagino que no podrá llegar al sitio de las pruebas, donde está Farley, pero por si acaso, conviene que lo eliminéis antes. No hay tiempo que perder. Recuerda: Charlie, Adams y Cly. Son los mejores.

Luego colgó el teléfono.

La vi enderezarse, echando el busto hacia atrás y suspirando voluptuosamente. Su beso, en efecto, había sido una despedida. Para ella, yo ya estaba tan muerto como el holandés que compró a los indios la isla de Manhattan.

Sonreí y me alejé poco a poco, caminando de espaldas.

Lo más prudente, desde luego, habría sido no acercarse a Farley aquella noche, sabiendo que tres tipos experimentados iban a liquidarme. Y sabiendo, además, que estaba cronometrando una prueba secreta y que me iba a ser casi imposible llegar hasta él.

Pero yo tenía prisa.

Necesitaba acabar con Farley aquella misma noche.

3

Sally me miraba fijamente desde aquel puesto de periódicos cercano a las playas de Coney Island.

Ya había aparecido una revista en huecograbado publicando varias fotografías del crimen y diversos primeros planos de la «novia abandonada». En dos de ellos, Sally aparecía llorando. En el tercero arrojaba contra el fotógrafo sus flores de novia. El ramo volaba por el espacio. Parecía ir también contra la cara del lector.

Parecía increíble la rapidez con que una mujer puede convertirse en el tema de conversación de doce millones de personas. A Sally unos la compadecerían, otros se burlarían de su fracaso... Probablemente aparecerían chistes a costa de la muerte de Shelby y las lágrimas de la «novia abandonada». La vida de un ser humano, en Nueva York, no es en cierto modo más que un espectáculo, sobre todo si su sangre o sus lágrimas mojan el asfalto.

Bueno, ¿pero para qué me metía yo a filósofo?

Sally no había sido más que un instrumento, y además yo ya tenía cosas más importantes en qué pensar.

Volví un poco la cabeza y los vi.

Allí estaban.

Había venido notando su presencia desde quince minutos antes, esa era la verdad. Charlie, Adams y Cly no esperaban más que una ocasión propicia para liquidarme, y yo se la estaba dando. Me dirigí a Coney Island.

Me habían localizado cerca del reducido grupo de periodistas que esperaban ser embarcados a fin de presenciar el experimento. Todos ellos eran agregados de prensa de distintos organismos oficiales. Ni un solo periódico privado —era lógico— estaba representado allí.

Al ver que me habían localizado, me dirigí hacia las playas que bordean el inmenso parque de atracciones. A esa hora de la noche,

y en invierno, estaban vacías. Yo las recordaba en verano llenas de un inmenso hervidero humano que casi causaba náuseas. Pero ahora eran un sitio apacible, tranquilo, muy adecuado para matar o morir.

Los tres tipos que me seguían eran pistoleros profesionales, elementos de un grupo de acción de un *gang*. Los había recordado solo al oír sus nombres, cuando los mencionó Belinda.

Sin pasar por los marcadores automáticos, salté a la arena de la playa, como si huyese. La altura no era grande, y además pude permitirme el lujo de caer de cualquier modo sobre la arena. Vi a los tres individuos correr sin disimulos por el malecón.

Me pegué a la pared de piedra y corrí paralelamente a ella, procurando no ser visto.

Al poner los pies en la arena, me distinguieron.

Charlie, el más grueso, fue el que dio la orden para acabar con aquella comedia.

—¡Allí está! ¡Vamos, muchachos!

A lo lejos mugía el mar, y aquel mugido parecía llenarlo todo. Sus pistolas, que llevaban silenciadores, no producirían ninguna alarma en aquella zona desierta. Y sólo nos alumbraba la luz de las estrellas.

Cly siguió pegado a la pared. Charlie y Adams corrieron agazapados sobre la arena para cortarme la retirada.

Fue Cly el primero en disparar, cuando yo desenfundaba mi revólver.

Cly era el más nervioso, y yo sabía que un año antes había matado a una mujer en Harlem solo porque la oyó gritar demasiado. La bala rebotó en la piedra a unas pulgadas de mi cabeza. Charlie y Adams dispararon entonces también.

Cly había tirado a matar. Los otros solo para acorralarme y cortarme toda posible retirada.

Hice fuego contra Cly, que era el más peligroso.

Fallé.

Adams gritó:

—¡Cuando acabemos no te reconocerá ni tu madre! ¡Saca el vitriolo, Charlie!

Eran tipos finos. Sólo querían herirme y luego quemarme vivo con ácido sulfúrico. Para ellos, el hombre que había matado a Luke

Shelby no merecía otra cosa.

Me dejé caer al suelo, como si me hubiera alcanzado la segunda bala de Cly. Estábamos todos separados por unas cincuenta yardas, distancia demasiado grande para el tiro con revólver de cañón corto. Nuestras detonaciones eran solo como taponazos, y cualquiera podía estar paseando sobre el malecón, junto a los marcadores automáticos, sin apercibirse tan siquiera de lo que ocurría más abajo.

Por eso aquellos tres tipos no tenían demasiada prisa.

Iban sobre seguro.

Avanzaron a rastras mientras disparaban para «situarme», es decir, para clavarme en el sitio exacto donde yo tenía que morir. No se confiaron por el hecho de que yo hubiese caído a tierra fingiendo estar herido. Eran demasiado viejos en aquel oficio.

Yo no respondía al fuego, porque me interesaba conservar las municiones de mi revólver.

No me movía tampoco, que era precisamente lo que ellos buscaban. Se iban acercando y estaban ya a unas treinta yardas.

Entonces tiraron todos a matar.

Fue ese el momento que yo escogí para saltar hacia adelante y lanzarme a correr por la arena en una desenfrenada carrera, buscando precisamente el sitio donde estaba Charlie.

Este lanzó un respiro al verme correr en línea recta hacia él. Hizo un disparo y falló. Vio que las balas de sus sorprendidos compañeros me mordían los pies, pero sin alcanzarme. Sólo tuvo tiempo de gritar:

—¡Malditos seáis! ¡Disparad mejor!

Luego una bala le penetró entre las dos cejas.

Abrió mucho la boca y se lanzó hacia adelante, como si quisiera morder la arena. Yo caí junto a él en el momento en que una bala me arrancaba materialmente cabellos de la cabeza. Me lo puse encima como un escudo, procurando que no me manchara de sangre.

Dos balas disparadas por Adams, que era ahora el que estaba más cerca, penetraron en el cuerpo de Charlie. Produjeron el mismo ruido que dos agujas atravesando la tela de un colchón. Adams intentó moverse, al ver que no podía alcanzarme, y entonces le perforé el estómago con un nuevo balazo. Antes de que cayera al

suelo, le atravesé la cabeza.

Un hombre con el estómago perforado aún puede disparar, y no me convenía arriesgarme.

Me quedaban dos balas.

Salté, abandonando el refugio que me ofrecía el cadáver de Charlie, y corrí tras Cly, que intentaba huir hacia la playa. Cly era el que había matado a una mujer en Harlem y resultaba el más peligroso por ser el más cobarde. Se detuvo cuando las olas mojaron sus pies.

Estábamos a unos quince pasos.

Debía llevar también una botellita de vitriolo. Le vi introducir la mano izquierda en el bolsillo de su abrigo y sacarla con algo pequeño y brillante.

Disparó, y cuando tuve que lanzarme a tierra para no ser alcanzado, movió el brazo izquierdo, proyectando hacia mí un chorro del líquido abrasador. Hube de revolverme por la arena con toda mi agilidad, y aun así algunas gotas me quemaron el traje. Cly intentó correr hacia mí, levantando el revólver e imitando descaradamente mi maniobra de unos minutos antes.

Los dos nos miramos durante unas fracciones de segundo, mientras cerrábamos el dedo sobre el gatillo.

Yo fui más rápido.

Manejaba mejor el calibre 38 que aquel tipo acostumbrado al vitriolo y a la navaja. Cly recibió una primera bala en el cuello y otra cerca del maxilar. Parte de su rostro voló. Cuando me acerqué a él estaba tan muerto como Luke Shelby.

Tres cadáveres.

Me sacudí parsimoniosamente la arena de las ropas, y algunos granos cayeron sobre lo que quedaba del rostro de Cly, bañado por los últimos bordes de espuma de las olas.

Miré mi reloj y comprendí que no tenía tiempo que perder.

Comencé a caminar lentamente hacia una de las salidas de la playa, mientras recargaba las balas de mi revólver.

Los tres muertos ya los encontrarían a la mañana siguiente.

Ahora tenía una cita con un tipo llamado Farley.

El mismo pequeño grupo de periodistas aún estaba esperando que lo condujeran en lancha al lugar del experimento. Todos paseaban nerviosos y parecían maldecir lo que consideraban un

retraso. La humedad del estuario los envolvía como un vapor helado.

Estaban solos en aquella zona del puerto, y solo al verlos se daba uno cuenta instintivamente de que estaban allí por algo que tenía relación con un secreto.

Estaba pensando en cómo añadirme al grupo cuando me pareció oír pasos a mi espalda.

Yo estaba en un ángulo de un edificio metálico que servía como almacén a los establecimientos del cercano Coney Island. Frente a mí había un estrecho paseo y más allá la superficie del agua. Los periodistas estaban en el borde mismo del río. No podían verme a mí, aunque yo a ellos los vigilaba perfectamente.

Los pasos se acercaron, mientras yo me ocultaba en un ángulo de la construcción, en una impenetrable zona de sombras.

El tipo que fue a pasar junto a mí era bajito y grueso, y venía sudado a pesar de la poco apacible temperatura. Sin duda un periodista retrasado. Llevaba gafas y parecía inofensivo. Casi me dio pena aporrearle de la forma que lo aporreé.

Cuando pasaba junto a mí, le tapé la boca con la mano izquierda e inmediatamente, con la derecha, le propiné un «golpe de conejo», a la nuca, aplicando solo el canto de la mano. El tipejo se estremeció y tuve que sostenerle para que no cayese.

Su grito de sorpresa y de dolor fue ahogado por mi izquierda.

Le volví a golpear, esta vez con más fuerza, y perdió el sentido por completo. Blandamente, lo deposité en el suelo.

A lo lejos, sobre las aguas del río, empezaba a oírse el «run-run» de una lancha motora que se acercaba velozmente.

Iba a recoger a los periodistas.

No tenía tiempo que perder.

La llegada de la lancha motora me favoreció, porque se acercaron aún más a la orilla y me volvieron completamente la espalda. Caso de saber que tenían detrás suyo al hombre a quien buscaba toda la policía de Nueva York, es posible que más de uno se hubiese caído al río.

Tendí completamente en el suelo al hombre a quien acababa de golpear, le despojé del cinturón con rápidos movimientos y le até manos y pies con un hábil lazo. Luego le apeloné completamente un pañuelo en la boca, hasta tener la seguridad de que no podría

gritar si alguien no le encontraba.

Hecho esto me puse sus gafas.

No me desfiguraron mucho, pero contribuían a que durante la noche no se me identificase con tanta facilidad.

Tenía también a mi favor un factor muy importante: la audacia.

Nadie imaginaba que podría encontrarme allí, y yo sé bien que uno puede ir en grupo durante horas y horas sin que ningún compañero se fije en él. En eso confiaba.

Luego busqué en los bolsillos del periodista algún documento o credencial que sin duda necesitaría para presenciar las pruebas del sumergible. Lo encontré cuando ya los otros empezaban a subir a la lancha. Era una simple tarjeta en plástico que se adhería al ojal de la solapa.

Corrí hacia el grupo.

Las gafas eran de pocas dioptrías, y veía casi perfectamente con ellas, aunque me restaban seguridad. Salté a la lancha justo cuando el policía militar iba a retirar la pasarela.

Examinó de una ojeada la tarjeta de plástico y no volvió a prestarme atención. Pero me hizo tragar saliva con angustia el solo pensamiento de que alguien pidiera estar esperando al periodista al que yo acababa de derribar, y le extrañara que en su lugar viniese un desconocido.

Nadie, de todos modos, se fijó especialmente en mí.

Solo un periodista que iba vestido de negro hizo un comentario:

—Poco acostumbrado a ir a pie, ¿eh? Ha llegado tarde.

—Sí, claro.

—Ha sido una complicación el que no dejaran a nadie venir en automóvil. Pero se comprende, porque quieren evitar un estacionamiento que llame la atención en un lugar tan próximo a la zona de pruebas.

—Es lógico.

—¿De dónde viene usted?

Yo había leído ya la tarjeta de identificación.

—De San Francisco. Soy el agregado de Prensa del Gobierno de California.

—Bonita tontería venir desde tan lejos para no ver nada. Simplemente nos enseñarán el submarino por fuera, y hasta dentro de un mes no podremos dar información. Bueno, ya llegamos.

En efecto, la lancha había avanzado con rapidez, y estábamos llegando a una gran plataforma flotante iluminada con débiles luces de batería, junto a la cual estaba amarrado un extraño instrumento no mayor que un torpedo, feo y opaco, con unas aletas semejantes a las de un enorme pez. De lejos hubiera podido confundírsele incluso con un tiburón muerto. La «cabin» del tripulante, que se acostaba sobre el torpedo, estaba construida en material plástico. El cuadro de mandos parecía muy sencillo, aunque sin duda haría falta ser un verdadero técnico para manejar aquello con seguridad.

Las cargas atómicas, semejantes a pequeños torpedos, serían expulsadas seguramente por unos breves orificios abiertos en la proa. No se veía hélice. La propulsión debía de ser muy semejante a la de un reactor, y la energía empleada debía ser atómica.

De todo esto me di cuenta con una sola ojeada, porque durante la guerra, cuando yo era otro hombre, serví en un submarino y conozco bien esos detalles. No se me ocultó que podía estar ante un arma decisiva en caso de guerra, cuando las grandes flotas tengan que desaparecer de los mares a causa de su vulnerabilidad ante un ataque atómico.

Inmediatamente dejé de prestar atención.

Buscaba a Farley.

Farley no podía ser sino el tipo que estaba sentado ante un tablero, en el lado izquierdo de la plataforma, con la vista fija en varios instrumentos de precisión. Tendría unos cuarenta años y todo su aspecto, aunque ahora estaba concentrado en el trabajo, era el de un buen servidor. Por supuesto, su empleo de técnico cronometrador no debía darle lo bastante como para regalar joyas a Belinda, la del Pretty Cubanita. Pero a mí eso no me importaba ahora.

—Tenía que matar a aquel hombre.

—¿Cómo? ¿De qué modo?

Examiné las posibilidades. Había en la plataforma, además de Farley, los periodistas y yo, cuatro miembros de la Policía Militar, que eran los únicos que llevaban armas visibles. Al otro lado de la plataforma había seis oficiales de la Marina, un hombre vestido de paisano que tenía aspecto de técnico y un joven que llevaba un ceñido uniforme de goma, muy semejante al de los pilotos de vuelos a gran altura, y que seguramente era el que iba a pilotar el

submarino en las pruebas.

Luego apareció alguien más.

Un chiquillo.

Un niño de unos seis años que había estado tapado hasta aquel momento por los azules uniformes de los marinos. Se abrazó al piloto, y este le abrazó también. Oí que le llamaba hijo.

Nunca he tenido hijos ni he amado a una mujer, pero me conmovió aquella sencilla despedida. En el niño había temor; estaban a punto de saltársele las lágrimas. En el padre había una serena confianza.

La escena me hizo olvidarme durante unos segundos del siniestro trabajo que me había llevado allí.

—¿Hay peligro en las pruebas? —pregunté al tipo de paisano con aspecto de técnico, el cual se había situado junto a nosotros.

—No sabemos lo que puede ocurrir.

—¿Qué riesgos tienen previstos?

—Prácticamente todos.

—Pero ¿qué es lo que temen?

—La presión, por ejemplo. No sabemos aún qué profundidad puede alcanzar este submarino, y ahora se trata de probarlo. Los materiales son muy ligeros, para evitar peso, y es posible que algún punto de su estructura pueda fallar.

—¿Cuál, en especial?

—La «cabin» del tripulante.

—¿Por dónde toma aire?

—Hay una máquina generadora cuyo funcionamiento se vigila a distancia, desde aquel tablero.

Me señaló a Farley y continuó:

—Como es lógico, este submarino no puede hacer grandes cruceros. La misma inmovilidad a que está sujeto el tripulante, lo impediría. Pero lanzado desde un buque de superficie, para atacar un puerto enemigo o una flota que esté a pequeña distancia, puede ser muy eficaz. Prácticamente no hay quien lo localice. Cada una de sus cargas puede hacer pedazos un acorazado u otro submarino mucho mayor.

—¿Ya han guardado bien el secreto sobre sus detalles?

El técnico rio.

—Un secreto absoluto. Lo que usted ve es la parte externa, y eso

no tiene la menor importancia. Dentro de un mes dejaremos incluso publicar fotografías, pero los planos de la maquinaria, armamento y distribución interior son absolutamente desconocidos. Ahora perdóneme.

Se encaminó hacia el tripulante, que ya iba a descender hasta el submarino, y le habló unos minutos en voz baja. El joven asentía, sonriendo y moviendo la cabeza con humildad. Su expresión noble, su juventud y, sobre todo aquel niño que le esperaba, conmovieron hasta a un hombre como yo.

Pero no era eso lo que me importaba. Yo tenía que matar a Farley.

Calculé que me sería posible eliminarlo con los balazos, lo que me ocuparía tan sólo dos segundos. Luego me bastarían dos segundos más para saltar a una de las lanchas, la más rápida, que estaba a un par de yardas de mi punto de situación. Sabía cómo manejarla para que ninguna de las otras lanchas me alcanzase. Con ella sería, por lo menos durante media hora, el dueño del Hudson, que es como decir el dueño de todas las vías de comunicación de Nueva York.

Sería quizá el homicidio más atrevido y audaz que se había realizado en Nueva York en los últimos diez años.

Separé un poco las piernas, miré fijamente a Farley y me dispuse a actuar, retirándome las gafas para ver mejor.

Puse la mano sobre la culata de mi revólver.

El tripulante del submarino se encerró en su interior, entrando en él como el que penetra por una tubería.

El oficial de más graduación, un almirante, dio una orden, y el submarino empezó a sumergirse.

La prueba había empezado. Farley trabajaba, ignorante de mi existencia.

Puse la mano sobre la culata del revólver.

4

Si ahora mataba a Farley, los instrumentos no serían vigilados por nadie, y el hombre que estaba en el interior del sumergible se exponía a morir en cuanto algo fallase.

Parece mentira, pero este razonamiento me detuvo.

Tenía ya la mano derecha cerrada sobre la culata del revólver.

La retiré lentamente.

Farley estaba inclinado sobre su tablero de instrumentos, y la luz espectral que se desprendía de los mandos daba a su rostro un aspecto fantasmal, casi grotesco, como el de un muerto que se estuviese riendo.

¿Sospechaba aquel hombre lo poco que iba a vivir?

¿Podía sospechar siquiera que el que había matado a Luke Shelby estaba tan solo a unas yardas de él, esperando repetir su golpe?

Miré a mi alrededor.

El sumergible había desaparecido, y las aguas de Hudson estaban tan quietas como si jamás navío alguno las hubiera rozado con su quilla.

No se percibía el menor rumor. Tampoco debían percibirlo los oficiales de Marina que manejaban un aparato de radar situado a un extremo de la plataforma.

Uno de ellos comentó:

—Es mucho más perfecto de lo que imaginábamos. La superficie no devuelve ninguna onda. Por medio del radar es imposible localizarlo.

Otro dijo:

—Sólo Farley puede vigilarlo ahora. Sus instrumentos están en contacto directo con los del submarino.

Por primera vez, oímos todos la voz de Farley.

Era una voz monótona, lenta. A mí me dio la sensación de que

venía del más allá.

—Veinte yardas de profundidad...

—Veinticinco...

—Treinta...

El sumergible se hundía hasta el fondo del estuario, muy profundo en aquella parte, con una regularidad matemática, minuto a minuto.

—Treinta y cinco yardas...

—Cuarenta...

—Cuarenta y cinco...

El pequeño sumergible estaba demostrando una resistencia y una capacidad que difícilmente tenían los grandes submarinos de crucero, cuya construcción cuesta millones de dólares.

—La voz de Farley siguió:

—Cincuenta yardas...

Hubo entre los oficiales un movimiento de curiosidad y atención. Durante unos segundos no se escuchó más ruido que el levísimo fluir del agua y el casi imperceptible zumbido de las baterías que iluminaban la plataforma. Por fin, Farley declaró:

—Ha tocado fondo.

Las pruebas de inmersión habían terminado. Ahora el submarino tenía que avanzar hasta situarse en un punto determinado, desde donde lanzaría sus falsos torpedos contra un blanco. Farley seguía pegado a los instrumentos, a los que nadie se acercaba. Él y el tripulante eran en esos momentos los hombres clave de la operación.

Unos segundos más tarde anunció:

—Se mueve.

—¿En dirección al blanco? —preguntó el oficial de más graduación, en quien reconocí yo entonces al vicealmirante Thompson.

—Sí.

—¿Qué tal responde el tripulante?

Los ojos de Farley se desviaron entonces hacia otro sector del tablero de instrumentos.

—Bien.

—Es esencial la respiración. ¿Qué acusa la toma de aire?

—Normal.

—¿Y el radioestetoscopio? ¿Cómo señala los latidos de su corazón?

—Ochenta de frecuencia.

—¿Se mantiene bien la presión?

—Perfecta.

Farley contestaba con seguridad, mientras sus ojos bailaban de un lado a otro del tablero de instrumentos.

—¿Qué velocidad lleva? —siguió preguntando el vicealmirante Thompson.

—Treinta y cinco nudos.

—Es extraordinario.

En efecto, lo era, dada la profundidad y el hecho de navegar contra la fuerte corriente del Hudson.

Todos los oficiales tomaban notas. Ninguno miraba ya la superficie del agua.

Yo tenía los ojos clavados en Farley.

—¿Cómo se llama el tripulante? —pregunté en voz baja.

El vicealmirante Thompson me miró con sorpresa.

—Ley, ¿por qué?

Fue entonces cuando pronuncié aquellas palabras que, al parecer, no tenían sentido:

—Porque Ley va a morir —dije.

El vicealmirante lanzó una exclamación en voz baja y me miró como si yo estuviera loco.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

—Me llamo Dan.

Nadie se dio cuenta entonces, en aquel momento, de que mi tarjeta de identidad llevaba otro nombre. Las precauciones que se habían tomado hasta aquel momento eran relativas nada más, puesto que solo mirando los instrumentos se podía averiguar algo importante. Pero es que en este instante nadie se acordó ni tan siquiera de que yo había dado otro nombre al entrar.

Creían encontrarse ante un borracho.

—¿Qué dice usted? —preguntó Thompson—. Repítalo.

—Ese hombre va a morir.

—¿Por qué dice eso?

—Tengo motivos para creerlo.

—¡Échenlo de aquí! —gritó Thompson—. ¡No es más que un

gracioso! ¡No necesitamos tipos de esa clase!

Yo entreabrí un poco más las piernas, descansé la mano derecha sobre la funda axilar y dije tranquilamente, mirando a Thompson como si este tuviera la categoría de un simple mecánico:

—Ordene que el sumergible sea izado a la superficie. Debe haber mandos automáticos que maneja Farley. ¡Hágalo pronto o Ley morirá asfixiado dentro de su ataúd de cristal!

Dos gorilas de la Policía Militar fueron a arrojar sobre mí.

Y en ese momento les detuvo la voz que menos esperaban. La voz del propio Farley.

—¡Algo no funciona! —gritó—. ¡El corazón de Ley empieza a fallar!

Uno de los marinos, sin duda médico de la Armada, saltó hacia el radiocardioscopio y observó con ojos desencajados las oscilaciones de la aguja.

—¡Es cierto! —gritó—. ¡Ley está muriéndose!

—¡Haga subir ese aparato, Farley! —aulló materialmente Thompson—. ¡Hágalo subir inmediatamente!

Noté que los ojos de todos estaban fijos en mí. No sé si me habían reconocido o no, pero en todo caso mi nombre era lo que menos les importaba en este momento.

—¿Cómo lo sabía? —aulló el vicealmirante—. ¿Por qué estaba enterado de que Ley iba a morir?

—No lo sabía yo solo.

—¿Pero qué dice? ¿Quiere volvernos locos a todos?

Otra vez los dos perros de presa de la Policía Militar fueron a abalanzarse sobre mí. Y otra vez los detuvo la voz de Farley:

—¡El electrocardioscopio ya no señala ninguna vibración!

—¡Técnicamente, Ley ha muerto ya! —gritó el médico también—. ¡Pero aún hay que intentar algo!

El submarino, elevado por los mandos a distancia, aparecía ahora sobre las quietas aguas del Hudson, exactamente junto a las plataformas, como si aún hubiera de sumergirse. Ley estaba rígido, espantosamente inmóvil, como una momia dentro de una urna de cristal.

El médico se abalanzó sobre la «cabina» de plástico para sacarlo de allí.

Yo no miraba aquello. Sólo miraba al niño, el hijo de Ley, que

lloraba en silencio.

Lo habían dejado solo.

El cuerpo de Ley fue sacado y tendido sobre un colchón de goma que apareció inmediatamente en la plataforma. El médico se inclinó sobre él, mientras todos escrutaban su rostro con expresión ansiosa. El silencio era absoluto. Ahora no se oía ni el fluir del agua, ni el zumbido de las baterías. Nada.

El médico jadeó:

—Está muerto...

—¿Pero por qué? —gritó Thompson—. Farley dice que los instrumentos no acusaban nada. ¿Qué infiernos ha ocurrido aquí?

Alguien más práctico, preguntó:

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

—No lo sabremos con seguridad hasta el momento de la autopsia.

—Pero siempre hay una primera impresión.

—La hay, y en este caso bastante clara, Ley ha muerto por asfixia, Por una causa u otra la toma de aire no ha funcionado durante los últimos cinco minutos.

—¡Absurdo! —gritó el vicealmirante Thompson—. ¡Absurdo!

—El muerto —dije— no opina lo mismo.

Todos los rostros se volvieron de nuevo hacia mí.

—¿Cómo lo sabía? —aulló Thompson.

No contesté.

Estaba haciéndome una rápida composición de lugar y calculando instantáneamente las posibilidades de huida que me quedaban.

La lancha más rápida, la que ya antes había elegido, estaba parcialmente tapada por los de la Policía Militar. Tendría que derribar por lo menos a uno de ellos para alcanzarla.

Si lograba luego saltar al interior y poner el motor en marcha, estaría salvado por el momento.

Las balas, hasta que yo me alejase, no atravesarían la gruesa plancha de la embarcación.

Vi que todos se acercaban a mí.

Farley estaba detrás, mirando como hipnotizado su tablero de instrumentos, que ya no despedía luz.

—No haga ninguna tontería —aconsejó Thompson—. Nos

gustaría saber exactamente quién es usted. Si va armado, desembarácese inmediatamente de lo que lleve encima. Será mejor para usted. ¡Cuidado!

Yo había hecho un movimiento instantáneo con la mano derecha.

Uno de los policías militares desenfundó también de un seco tirón su revólver reglamentario.

Se la ganó, porque le tiré al hombro y le hice encogerse, mientras soltaba el revólver.

Salté entonces de costado, buscando acercarme más a la lancha que había elegido.

Fue ese el momento en que Farley pareció adivinar lo que iba a ocurrirle.

Saltó también, intentando cobijarse, y se puso a aullar como un condenado mientras buscaba cualquier clase de protección.

Pero yo aún tenía cinco balas.

Desvié el revólver, y cinco segundos me bastaron para meterlas dentro de su cuerpo.

Luego, volví a saltar.

5

Había calculado mal al contar con que las balas no atravesarían la gruesa plancha protectora de la cabina de la lancha rápida.

Los de la Policía Militar usaban pistolas de alto calibre, y cuando logré saltar a la lancha y me introduje en la cabina, lo primero con que me encontré fue con una bala.

El proyectil atravesó la cubierta metálica y se empotró en el tablero de instrumentos, a unas pulgadas de mi mano y de la llave de contacto. Si llega a destrozarla, yo no habría escapado de allí, a plenos que me hubiesen nacido alas. Di la vuelta a la llave y puse el motor en marcha mientras un unánime grito se elevaba desde la plataforma.

Otras balas rociaron la plancha, aunque no todas lograron atravesarla.

Una de ellas me arrancó cabellos de la nuca, otra proyectó esquirlas de metal que me rociaron el traje, y una tercera me produjo una línea sangrienta en el brazo derecho, quemándome también la americana, muy cerca del corazón.

La lancha se separó de la plataforma con un rugido ensordecedor de sus potentes motores.

Enfiló hacia alta mar, siguiendo la negra línea de las aguas del Hudson y sabiendo que inmediatamente comenzarían a perseguirme y se pondría además sobre aviso a la policía del río.

Pero por el momento eso no importaba.

Había matado a Farley.

Me despojé de la americana y examiné la herida de mi brazo derecho. No era profunda, y más bien se trataba de una simple rozadura, pero debía atenderla inmediatamente o se produciría infección.

Cuando estuve a un par de millas de la plataforma, viré en ángulo recto hacia los luminosos rascacielos de la Battery, que se

distinguían en la lejanía. Otras lanchas se despegaron de la plataforma para perseguirme; pero yo tenía la ventaja de que había apagado las luces de situación y ellos en cambio las llevaban encendidas. No podrían verme a menos que yo estuviera a muy corta distancia, mientras que yo los distinguía a ellos. Seguro que no se dieron cuenta de que viraba hacia los rascacielos de la Battery.

Estos apuntaban al cielo como dedos luminosos en la noche de Nueva York.

En aquel momento ya se habría cursado aviso telegráfico a toda la policía del río. Cinco o diez minutos más tarde como máximo, me encontraría con las lanchas patrullas que saldrían a buscarme. Seguro.

Puse la radio y lo oí... Estaba conectada a la misma onda que las lanchas patrulleras del Hudson.

Atención a la policía del río... Atención a la policía del río... Comunica emisora instalada en la plataforma de pruebas O-SL-3, enclavada en el estuario del Hudson. Localicen y capturen lancha rápida US-NAVY número 859-R... Lancha rápida US-NAVY número 859-R... La tripula un peligroso forajido que acaba de cometer un asesinato en la plataforma O-SL-3... Es posible se trate de Dan Glenfer, fugitivo de presidio y buscado también por otro asesinato... Tiren a matar... Es posible que se trate de Dan Glenfer...

Cerré el aparato receptor.

Yo sabía perfectamente bien lo que significaba para los policías aquella orden de «Tiren a matar».

Acribillarían la lancha rápida en cuanto la viesan, y aunque yo disponía de dos ametralladoras no podía manejarlas y al mismo tiempo conducir. Y si me arrojaba al agua después de tropezar con ellos, era posible que me acribillasen también como en un ejercicio de tiro al blanco.

Tenía que intentar algo.

Moví el brazo herido y, como el balazo estaba aún en caliente, vi que podía moverlo bien. No tenía lesionado ningún hueso, y solo se trataba de actuar antes de que me dolieran demasiado los músculos. De modo que salí al exterior, calculé lo que quedaba para llegar hasta los rascacielos, enfilé hacia alta mar a proa de la lancha y me arrojé al agua.

La pequeña embarcación siguió a gran velocidad hacia la salida del estuario, y si no se desviaba aún podría desorientar bastante a los que me perseguían.

La vi alejarse y empecé a nadar.

Encontrar a un nadador en el inmenso estuario, y además de noche, es más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Yo suponía, pues, que las lanchas de la policía del río no iban a dar conmigo fácilmente. Lo único que necesitaba era que el brazo no me traicionase y tener la suficiente resistencia para llegar hasta el puerto.

Entre dos brazadas vi las luces de situación de las lanchas de mis perseguidores, que seguían hacia alta mar.

Les había engañado.

También vi luego, viniendo del puerto, las luces de situación de las lanchas de la policía, que a poca distancia se abrieron en abanico y empezaron a barrer con sus faros las negras aguas del río. Pasó una a menos de cincuenta yardas de donde yo estaba, y tuve que hundirme bajo el agua. Luego nada. Las lanchas pasaron y una grata paz me envolvió.

Media hora después, completamente extenuado, llegaba a los docks, me introducía por entre dos barcas varadas y trepaba penosamente hacia la superficie firme de los muelles.

Me tumbé en el suelo, a la sombra de un tinglado, y durante diez minutos no pensé en otra cosa que en reponer fuerzas. El brazo me iba doliendo más por momentos y perdía mucha sangre por él.

Los de la patrulla ya habrían encontrado la lancha vacía, y pronto me buscarían por entre los docks. Tuve que ponerme en pie.

No podía volver, como era lógico, a mi hotel, pero eso ya estaba previsto.

Hubiera hecho falta ser tonto para no preparar las cosas, habiendo ya calculado que tendría que matar a Farley en público.

Palpé en uno de los bolsillos la llave de mi apartamento en un motel, apartamento que había alquilado aquella misma tarde y que estaba situado apenas a diez millas de Nueva York, en la carretera general a Filadelfia.

Alisé como pude mi traje, tomé un taxi que estaba en una calle oscura cerca a los docks y me hice conducir a una dirección absurda —una gran avenida, en realidad para que se entretuvieran más

buscándome—, la cual estaba situada cerca de la carretera de Filadelfia.

El taxista ni siquiera me había mirado. Sólo se extrañó cuando le di billetes mojados en pago de la carrera, pero los aceptó igual. Yo llevo siempre el dinero en una funda de plástico y se me estropea difícilmente aunque tenga que lanzarme al agua.

Luego hice a pie, y además sin poder seguir la carretera, las diez millas aproximadamente que me faltaban para llegar hasta el motel. En este no había apenas movimiento a aquella hora, de modo que pude emplear la llave y entrar en mi apartamento sin que nadie me viese.

Estaba físicamente destrozado cuando me tumbé en la cama.

Pero comprendí que si me dormía iba a ser peor. La herida seguía sangrando. La debilidad me produciría como una especie de sopor, como una agonía dulce, y me despertaría en el valle de Josafat.

Igual que el que se abre las venas en un baño de agua tibia.

Reuní fuerzas, me desvestí y me puse ropa seca comprada de confección aquella misma tarde, me hice un sumario vendaje de la herida y llamé a un centro médico de asistencia nocturna urgente.

Me dijeron que enviarían a un matasanos inmediatamente.

Mientras esperaba, limpié y engrasé el revólver, que estaba hecho una lástima. Luego le puse una munición seca y nueva, sacada de una funda de plástico, y lo tuve preparado por si el médico que había de llegar se me ponía impertinente.

Llamaron a la puerta del apartamento. Fui a abrir.

Era una mujer.

De no llevar aquel maletín negro colgado de su mano derecha, cualquiera hubiese supuesto que se trataba de una muñeca recién venida de Hollywood, donde no siempre triunfan las más bonitas sino las más astutas e inteligentes.

Ella me miró, mientras yo la calibraba desde las puntas de sus zapatos a sus cabellos de un hermoso color cobrizo.

Seguro que me dejó fichado al instante, es decir, seguro que ella supo inmediatamente que yo era el tipo cuya foto había estado viendo en los periódicos durante todo el día.

Pero entró.

—¿Está enfermo? —preguntó.

—No me haga reír, muñeca.

—Nunca me río. Terminé la carrera hace cuatro años y aún estoy en un centro de asistencia nocturna. Si cree que eso es como para lanzar carcajadas, ríase usted también.

—Vamos, siéntese.

Se sentó con desenvoltura.

Tenía bonitas piernas. Tan bonitas que era lástima que se hubiera dedicado a matar hombres con sus potingues en vez de matarlos desde un escenario. Pero ya se sabe. Hay algunas mujeres que llegan a mayorcitas sin haberse enterado de lo que vale lo que llevan encima de los zapatos.

—Tiéndase en la cama —indicó.

Obedecí.

No hacía falta explicarle qué era lo que me ocurría, porque el vendaje ensangrentado estaba bien visible.

—¿Una bala?

—Sí.

—¿Hace mucho rato?

—Casi dos horas y media.

—¡Hum!

Se inclinó sobre mí, me desprendió el vendaje e hizo un ligero examen de la herida.

—No es grave, pero lo que más me preocupa es que ha perdido mucha sangre.

—Eso también me preocupa a mí, paloma.

—Le haré una cura, pero tendrá que permanecer inmóvil al menos durante veinticuatro horas.

—Usted preocúpese de que esto no se complique y esta sola noche ganará más que en todo un año de trabajo.

—Lo doy por descontado.

La chiquilla era ambiciosa. Nada, una muñeca de Hollywood.

—Pero esto no tiene que complicarse en ningún sentido. ¿Comprendido? De ninguna manera.

—No soy tonta.

Lavó bien la herida y taponó los dos orificios, el de entrada y salida de la bala, dejando un pequeño derrame. Luego me vendó cuidadosamente y me puso el brazo en cabestrillo.

—Por el momento no puedo hacer más.

—Ya es bastante.

—Supongo que usted entiende de heridas de bala tanto como yo —dijo con desenvoltura—, y por tanto, no hará falta explicarle que ahora sobrevendrá una crisis. Tendrá que guardar cama y no moverse de aquí.

—Menos tonterías, muñeca. Conduciré con la mano izquierda después de alquilar un automóvil en el mismo motel. Hasta dentro de unas horas no vuelven a salir periódicos, y esta tarde aún no me habían reconocido.

—Bien. Eso es cosa suya, no mía. Pero si piensa marchar le pondré un coagulante en la sangre para que no se debilite más.

—Veo que piensa como una reina.

Le tendí el brazo izquierdo, me buscó una vena y me introdujo por ella un poco de líquido extraído de una ampollita.

Yo estaba tan confiado. Parece mentira la confianza que puede dar a un idiota una mujer bonita.

Hasta después de tener todo aquel líquido en la sangre no se me ocurrió que podía tratarse de un anestésico.

Noté que la cabeza empezaba a vacilar sobre mis hombros, noté que todo daba vueltas alrededor mío.

Era como una sensación dulce, tranquilizadora. Igual que dormirse después de un largo cansancio.

Pero era también el fin.

Lancé una maldición y quise saltar del lecho, pero no pude. Ella me pegó dos veces en la cara. Fue como dejar K. o. a un niño. Las tinieblas se cerraron sobre mí.

6

Cuando desperté debía haber transcurrido una media hora.

No estaba seguro, pero esa fue la sensación que tuve. No debía haber pasado más tiempo.

Claro que eso no importaba ahora, porque de todos modos era el fin.

La habitación estaba llena de policías.

Eran tipos de bota alta y pantalón de montar, sin duda patrulleras con motocicleta avisados a toda prisa. Fuera de la puerta del motel aún se oían motores de cuatro tiempos. También había otros tipos vestidos de paisano, que debían haber llegado en automóvil. No hacía falta ser un lince para saber que se trataba de agentes federales. Además, llevaban revólveres de calibre reglamentario y me estaban apuntando con ellos.

Había ocho polizontes en la habitación, y los ocho me estaban encañonando. Si yo hubiese hecho un solo movimiento sospechoso, no habría quedado de mí ni una pulgada entera de piel.

El único movimiento sospechoso que hice fue querer arrojar me sobre la doctora, pero uno de aquellos gorilas vestidos de azul levantó el revólver y me golpeó dos veces en mitad del cráneo, con la culata.

Caí hacia atrás, sin fuerzas.

El curare me había producido como una especie de hipo. A duras penas conseguía dominarlo para no hacer el ridículo. De todos modos yo notaba que los polizontes estaban orgullosos de verme así y de poder golpearme con sus culatas cada vez que les venía en gana. Su orgullo creció cuando los reporteros, provistos de cámara y flash, entraron al galope en el apartamento.

—¡Vaya! —exclamó uno de ellos—. ¡El pajarito ha caído en la jaula!

Fui a escupirle a la cara, y el tipo fue tan hábil que me sacó una

instantánea mientras estaba escupiendo.

—Gracias, chato —me dijo—. Esta foto me va a servir para comer durante un mes.

Con gusto le hubiera saltado al cuello, pero estaba tan destrozado que no podía moverme.

El otro reportero preguntó:

—¿Es Dan Glenfer, efectivamente?

—No lo sabemos aún; preguntádselo a él. ¡Eh, tú, pimpollo! ¡Diles tu nombre a estos caballeros!

—¡Vete al infierno! —grité.

El lecho era muy bajo y yo tenía un brazo caído y con la mano apoyada en el suelo. El polizonte me pisó los dedos y giró con todo su peso sobre ellos, mientras yo aullaba de dolor.

Pero era inútil. Ni aún así podía moverme para saltar sobre él.

Los dos reporteros se estaban hartando de sacar fotografías.

—Lo llevaremos a Identificación —explicó el mismo gorila que me había aplastado los dedos—, y allí determinarán con exactitud si es o no es Dan Glenfer. Desde luego se le parece extraordinariamente.

—Es Dan Glenfer —aseguró uno de los motoristas.

—Las huellas dactilares lo dirán con seguridad.

Uno de los agentes me tomó la mano derecha y examinó las yemas de los dedos. Su rostro, que era optimista, fue cambiando hasta que terminó por lanzar una salvaje maldición.

—¡Perro asqueroso! ¡Se ha hecho quemar las yemas de los dedos, ni más ni menos que eso! ¡No tiene huellas de ninguna clase, pero si cree que con eso va a conseguir algo está listo! ¡Igualmente irá a parar a la silla eléctrica!

—Yo lo que siento es que no se le ejecute con hacha —dijo el que me había aplastado los dedos—. Claro que la silla eléctrica, si no funciona a la perfección, también es divertida. Vi una vez a un tipo quemarse vivo antes de morir, solo porque los contactos no estaban bien regulados.

Lanzó una carcajada. Yo conseguí saltar esta vez y arrojarme sobre él. De nuevo una culata se aplastó sobre mi frente.

Los federales se habían estado quietos hasta entonces, pero uno de ellos me ayudó ahora a caer, de un salvaje puntapié al estómago. Yo había visto varias veces en los periódicos la fotografía de aquel

federal, a raíz de capturas famosas. Era un tipo llamado Lindsay.

—¡Vuelve a moverte y nos divertiremos todos! —aulló.

Nueva lluvia de fotografías. Los resplandores del flash llenaban la habitación. Uno de los agentes me hizo ponerme en pie de un tirón y me colocó en una muñeca el aro de unas esposas, ciñéndose él el otro aro a la suya. Quedamos unidos como dos hermanitos siameses.

Y nos queríamos tanto que empecé a darle pisotones, pero Lindsay se cansó y me aporreó el estómago con los dos puños hasta que yo caí de rodillas escupiendo sangre por entre los labios.

—Lo necesitamos vivo —dijo uno de los de uniforme—. Vamos a sacarlo de aquí de una maldita vez: los coches están esperando.

Vi que la doctora, junto a la puerta, encendía un cigarrillo. Era un Winston emboquillado, la marca que a mí me gusta. Se acercó calmosamente y me lo puso en los labios.

—Eres muy ambiciosa —le dije mientras lanzaba una bocanada con dificultad.

—¿Por qué?

—Todos los periódicos hablarán de ti. Y supongo que por mi captura te darán una buena recompensa.

—No pensaba en eso.

—¿Ah, no? ¿Por qué me has entregado entonces?

—Porque te odio.

Tenía gracia. Yo no le había hecho ningún daño, no la conocía siquiera, y resultaba que no me podía ver. Lo más encantador de las mujeres es lo pronto que lo fichan a uno.

—Apenas me conoces —le dije.

—Pero nunca me ha gustado lo que hiciste con aquella mujer.

—¿Con Sally?

—No importa cómo se llamase. Lo cierto es que la empleaste miserablemente como un instrumento, igual que si fuera un muelle sin alma. Te odio por eso, Glenfer, porque no tienes conciencia. Y me alegro al saber que pagarás.

Lindsay gritó:

—¡Basta de charla! ¡Claro que pagaré! ¡Dentro de dos meses yo le enseñaré su cadáver cuando lo desclavemos de la silla eléctrica!

Me sacaron al exterior. Había allí, junto al estacionamiento de automóviles, otros clientes del motel, que me miraban con caras

asombradas. Algunos de ellos iban en pijama. Una muchachita en combinación me guiñó un ojo. Iba a contestarle con un gesto parecido cuando Lindsay movió dos veces la mano derecha y me cruzó la cara.

En silencio, me llevaron a la brigada de Homicidios.

La brigada de Homicidios cuando hay detención importante parece una casa de locos. Yo creo que todos los detectives de la plantilla se habían reunido allí. Me examinaron de arriba abajo, me hicieron sentar en un sillón giratorio y obtuvieron nuevas fotografías. Yo creí que aquello no iba a terminar nunca. Era como un espectáculo que siempre ofrecía nuevas facetas y siempre se repetía.

Por fin me pasaron al despacho del jefe.

El jefe se llamaba Armstrong y tenía fama de aplicar el tercer grado con suma facilidad, pero una campaña de prensa ocurrida dos meses antes le había obligado a ser cauteloso. Me hizo sentar, me ofreció un cigarrillo y luego me dijo sonriendo que se iba a dar un atracón de caviar y champaña el día que me achicharraran en la silla eléctrica.

—Pero antes hemos de cumplir una serie de pequeñas formalidades —continuó—. Ya se sabe. Antes de hacer pasar la alta tensión por las narices de un individuo como tú hay que llenar por simple rutina unos papelitos sin importancia. Vamos a llenarlos en seguida si tú nos ayudas, ¿eh?, y te dejaremos dormir.

—Dormir es lo único que deseo.

—Muy bien, entonces desembucha. ¿Por qué mataste a Shelby?

—Motivos personales.

—¡Mientes! ¡Ni siquiera lo conocías!

—Llevaba vigilándolo casi un mes. Lo conocía como a mi padre.

—¿Quién te encargó ese trabajo?

—Nadie.

—¿No, eh? ¿Te gastaste casi tres mil dólares en el trabajo y todo eso lo hiciste en plan de entrenamiento?

—Quizá.

—¡No me hagas perder la paciencia, Glenfer, o haré que mis hombres te refresquen la memoria!

—Puedo pagar un abogado y exijo ser defendido —gruñí—. Usted no puede negarse a eso. Y mientras mi abogado no esté aquí

no diré una sola palabra que pueda comprometerme.

Armstrong lanzó una carcajada, sujetándose su prominente barriga y dejando de apoyarla sobre la mesa.

—¿Te parece que estás aún poco comprometido, Glenfer? Tiene gracia. Puedes defenderte por medio de un abogado, claro que sí. Pero tendría que poseer virtudes milagrosas para liberarte de las tres descargas. Vamos, hombre, elige. ¿A quién quieres? ¿A Abraham Lincoln?

Dije que Abraham Lincoln quedaba ya un poco anticuado, y Armstrong lanzó una maldición en voz baja, mientras le cambiaba la cara. Luego logró serenarse y me gritó que eligiera porque no estaban dispuestos a perder más tiempo. Yo dije que quería ser defendido por Lewis, un abogado del cual sólo sabía que era uno de los más caros de Nueva York.

Armstrong me permitió hablar al tal Lewis por teléfono, y el leguleyo vino a la brigada media hora más tarde. Se notaba que le gustaban los asuntos movidos, y el mío iba a serlo. Vestía de negro y tenía todo el aspecto de un buitro posado en el palo de un gallinero.

—Le sacaré a la calle —me prometió.

—Sí, claro —rió Armstrong—. Muerto. Después de que le hayamos afeitado con la máquina eléctrica, pude usted llevárselo donde le dé la gana.

—Pretendo demostrar —dijo Lewis sin inmutarse por aquellas palabras—, que este hombre no es responsable de sus actos.

Armstrong casi saltó de su asiento.

—¿Qué imbecilidad dice?

Lewis señaló hacia la puerta, fue entonces cuando me di cuenta de que otros dos tipos habían venido con él.

Eran dos hombres normales, de mediana edad, elegantemente vestidos. Tenían ese aspecto que caracteriza al intelectual. Los dos pasaron al interior del despacho y se me quedaron mirando como si contemplaran a un gusano dentro de una caja de cerillas.

—Los siquiátras señores Bull y Lindstrom —presentó Lewis.

—Se ha dado usted mucha prisa —gruñó Armstrong.

—No tiene nada de particular. El profesor Bull ha trabajado muchas veces conmigo, y suelo llamarlo siempre que tengo algún caso difícil. Bull examinará a Glenfer y, si las cosas son como yo

espero, declarará ante un jurado que es irresponsable, en calidad de perito de defensa. En cuanto al profesor Lindstrom, nos hemos tropezado en la puerta de la brigada. Venía aquí animado por el mismo deseo, y se ha ofrecido a ayudarme.

—¿Por qué? —pregunté yo—. ¿Qué sabe de mí el profesor Lindstrom?

Lindstrom me miró, quitándose las gafas como si le molestaran. Sin ellas dejaba de ser un intelectual. Era un tipo fuerte y duro. Tendría unos cuarenta años y sus puños aún podían infundir respeto hasta a un tipo como yo.

Lindstrom dijo:

—Estoy seguro de que un hombre que comete los crímenes que usted acaba de cometer, por fuerza tiene que estar loco.

—¿Sí, eh? —pregunté socarronamente—. ¿Hace un loco lo que yo hice con Luke Shelby? No será capaz de decirme que estaba mal preparado. Y oigan, amigos, lleven la defensa por otro lado. Nunca me ha gustado que me llamen loco. Prefiero morir que ir a un manicomio para toda la vida.

Lindstrom lanzó una carcajada.

—Usted puede estar loco o no, amigo —dijo—, pero lo único que queremos es salvarle la piel. Aparte de eso tiene que estar chiflado, chiflado de remate para hacer lo que ha hecho con una mujer como esa.

Señalaba con el mentón hacia la puerta.

Me volví, y entonces pude ver que Sally estaba en el umbral.

Sally parecía haber envejecido en aquellas pocas horas.

Pero no estaba peor, no; eso nunca. Las mujeres como Sally son más tentadoras cuando han madurado un poco, cuando a su frescura juvenil se une esa especie de solemne gravedad que da el sufrimiento.

Claro que solo los sinvergüenzas piensan así. Había destrozado su vida, la había hecho envejecer en solo unas horas y lo único que se me ocurría pensar era que estaba mucho más bonita.

Armstrong me la señaló.

—Ahí la tienes.

Sally se acercó casi corriendo a la silla en que yo estaba sentado y levantó la mano derecha como para abofetearme con todas sus fuerzas, pero su gesto se quebró en el aire en el mismo instante de ser iniciado. Sus ojos se entrecerraron, y de repente, cuando los abrió, estaba llorando.

—¡Oh, Dan! ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué? —gimió.

Parecía no comprender que yo era simplemente un asesino.

Armstrong sí que lo entendía.

—Debe usted ver una cosa, muchacha —gruñó—. Este tipo es un asesino vulgar, uno de esos fulanos que llevan la crónica roja de los periódicos y que alcanzan incluso a categoría de «perros rabiosos». ¿No sabe usted lo que es, en nuestro lenguaje, un «perro rabioso»? Pues es un tipo al que los agentes no deben molestarse en detener siquiera. Un tipo para el cual solo damos una orden, apenas se le localiza: «Tiren a matar».

Sally tenía ahora los ojos muy abiertos, por sus mejillas resbalaban las lágrimas. Nos miraba alternativamente a Armstrong y a mí, como si creyera aún que el capitán estaba hablando de otra persona.

—¡Hablo de este tipo, no de un ser de otro planeta! —gritó

Armstrong—. ¡Vaya convenciéndose de que este hombre irá a morir a la silla eléctrica y no vuelva a mirarle de ese modo! La he hecho llamar —cambió bruscamente de tono—, para que le identifique y diga si es el mismo que iba a casarse con usted esta mañana. ¿Lo es o no lo es?

—Lo es —dijo Sally con un soplo de voz.

Si hubiese querido ayudarme no le costaba nada decir que yo no era aquel tipo. Una majadería semejante pone a veces en apuros al fiscal del distrito. Gracias a imbecilidades así hay asesinos como Caryl Chessman, que todavía están vivos diez años después de ser condenados a muerte. Pero Sally me había reconocido. Armstrong sonrió de satisfacción.

—Gracias, nena —dije a Sally—. Cuando nos casemos tendremos que adoptar un niño. El hijo de un submarinista llamado Ley.

Lindstrom gritó:

—¿Ven cómo está loco?

Salté de la silla y me lancé contra él, dispuesto a aferrarle por el cuello. El policía que estaba de vigilancia me hizo la zancadilla y caí cuan largo era. Pero en el canino me encontré con la puntera de su zapato, y otra vez volví a escupir sangre.

A Sally la sacaron de allí casi a la fuerza.

Supongo que sentía por mí un infinito desprecio y una infinita lástima, lo que casi es peor.

Luego Armstrong hizo entrara los dos guardaespaldas que Luke Shelby había contratado para que le protegieran, y que desde aquella mañana estaban sin trabajar, igual que ciertas tiendas, por defunción del dueño.

—¿Reconocen a este hombre como el que esta mañana les golpeó para luego asesinar a Luke Shelby? —les preguntó sin rodeos.

Los dos dijeron que sí, que me reconocían y que me seguirían reconociendo aun en el mismo infierno. Y luego se marcharon trotando.

—¿Se da usted cuenta de que todo esto es irregular? —preguntó Lewis, el abogado, cuando estuvimos solos en el despacho del capitán—. La identificación debió hacerse en rueda de presos, no de este modo. Haré constar mi protesta.

—Haga constar lo que quiera —sonrió Armstrong—, pero le

advierto que esto son diligencias preliminares para dar firmeza a la detención. Ahora mismo se hará cargo del detenido el fiscal del distrito... el cual llenará unas cuantas diligencias sin importancia antes de que Dan Glenfer sea entregado al verdugo.

Conectó el teléfono y ordenó:

—Sargento, llame al fiscal del distrito. Diga que tenemos a Dan Glenfer y que puede empezar a actuar. ¡Ah! Dígale que está bien caído.

Luego Armstrong se repantigó en su asiento, sacó del cajón central una lata de cerveza medio vacía y se puso a beber, sin dejar de mirarme.

—Me gusta asistir a las ejecuciones de cuando en cuando —dijo entre sorbo y sorbo—. Para la tuya tendré asiento de preferencia.

Al día siguiente dijeron todos los periódicos que la única ayuda con la que yo podía contar era Lindstrom.

Los periodistas tienen ojo para estas cosas. En cuanto ven a un tipo con la soga al cuello, saben lo que él o su abogado harán para que el dogal no apriete. Y lo que mi abogado pensaba hacer era demostrar que yo estaba rematadamente loco.

Lo aparentemente absurdo de mis dos crímenes, el no haberse podido demostrar por el momento que yo habría cobrado dinero para cometerlos, la misma audacia inconcebible de que había hecho gala, significaba nada más y nada menos, en opinión de Lindstrom, que yo estaba loco.

De los tres siquiátras que por orden del fiscal del distrito me examinaron en veinticuatro horas, solo él sostuvo esa opinión. Los demás dijeron que yo estaba cuerdo, que era un hombre normal y astuto, y por eso doblemente peligroso.

Lewis, mi abogado, insistió de todos modos en que yo debía tener nuevas conversaciones con Lindstrom.

Tuvimos la última apenas unas horas antes de que llegara la orden de mi traslado a Sing-Sing.

Armstrong había puesto a nuestra disposición un despacho dentro de la misma brigada. Lindsay, el federal que ya me había atizado varias veces durante la detención, estaba montando guardia en la puerta. Él era quien debía trasladarme a Sing-Sing, después de que los de la brigada de Homicidios de la Metropolitana me traspasen solemnemente al FBI.

En un despacho adjunto se estaban llenando todas las formalidades. Yo oía teclear las máquinas.

Yo sabía bien que los federales no perdonan.

Lindstrom sudaba. Por la ventana entreabierta entraban cálidos rayos de sol.

—¿Pero es que no lo comprende? —gritó casi—. Su única esperanza de salir con vida es que se le considere loco. Soy el único siquiatra que está convencido de eso y debe ayudarme. Si no lo hace, no doy un centavo por su piel.

—¿Cómo quiere que le comprenda, si estoy loco? —pregunté.

Lindstrom me sujetó por las solapas.

—¡No digo que esté loco en el sentido de que sea un imbécil, ni mucho menos! Digo sencillamente que ha perdido el sentido moral. Si desea matar, mata, y el asesinato le parece algo tan natural como cambiarse de corbata como cuando a esta ha caído una mancha de tinta. En este sentido es usted tan irresponsable como un niño. Obra sin saber exactamente lo que hace, igual que un colegial mal educado rompe un cristal de una pedrada. ¿Me ha entendido? Es eso lo que quiero demostrar.

Suavemente, pero no con firmeza, le retiré las manos que arrugaban mis solapas.

—¿Por qué tiene usted tanto interés, Lindstrom?

—Porque estoy convencido de saber la verdad.

—Solo por eso no se molestaría.

Lindstrom irguió el busto y caminó hasta la ventana, con las manos unidas a la espalda, evitando mirarme.

—Me obligará usted a confesar algo de lo que me gusta hablar poco. Por sistema soy enemigo de la pena de muerte. He visto algunos errores espantosos. No quisiera que con usted pasase lo mismo.

Lindstrom estaba hablando con tono de hombre convencido. Yo sabía que hay muchos hombres a quienes repugna la pena de muerte. Si él era uno de ellos no tenía nada de particular el que quisiera salvarme, al menos de la silla eléctrica. Pero eso era absurdo. ¿Quién me iba a salvar ya a mí?

Solo yo mismo, si lograba escapar.

Iba a tener una última oportunidad con el traslado a Sing-Sing. Cuando hubiera atravesado las puertas de la prisión, ya no quedaría

ninguna esperanza.

De Sing-Sing no hay quien escape, y menos si se trata de un «perro rabioso» como yo.

—Le agradezco sus esfuerzos, señor Lindstrom —dije mirándole.

—Prométame que me ayudará.

—Tengo el máximo interés en ello, Congo es natural. Lo único que pasa es que me quedan pocas esperanzas.

Lindstrom me puso una mano en el hombro.

—Hasta el fin no está todo perdido.

Fue en ese momento cuando una de las puertas del despacho se abrió y entró un agente con un rollo de papelotes.

—Hola, Lindsay —saludó—. Lo de la entrega ya está resuelto. Abajo aguarda la furgoneta y podrá llevarse a este tipo apenas firme todos estos papeles.

Lindsay los firmó.

Ponía en aquello una gran meticulosidad, como si le llenara de placer saber que yo iba a pasar a sus manos.

Entregó los papeles al agente.

—¿Cuántos hombres aguardan abajo? —preguntó.

—Tres. Y los tres son excelentes tiradores.

—Lo supongo.

Me hizo una seña para que me pusiera en pie. Obedecí, y mientras avanzaba hacia él tendí las manos unidas por las muñecas, como para que me pusiera las esposas.

—No es necesario —rio Lindsay—. Conmigo no vas a tener nada que hacer.

—¿Sabe que es usted bastante presuntuoso?

—Nunca se me ha escapado un asesino.

—¿Y si yo fuese el primero?

Lindsay rio.

—A los imbéciles como tú los metía yo en cintura cuando iba a la escuela —dijo—. Tú solo sirves para meter miedo a Sally y a otras por el estilo.

No sé por qué, pero aquello me encendió la sangre. Lindsay tenía una manera especial de decir las cosas, entrecerrando los ojos, que deshacía los nervios. Su voz era la de un auténtico chulo. Pude mover el brazo derecho y disparé el puño con todas mis fuerzas, pero estaba demasiado débil para derribar a un tipo de esa

corpulencia. Lindsay, aunque encajó el golpe, no tuvo más que aplicarme un rodillazo al bajo vientre para oírme aullar. Luego me empujó al suelo y me estuvo atizando puntapiés hasta que se cansó.

Lindstrom lo miraba todo con ojos vidriosos.

—Te he dicho que conmigo no podías intentar nada —farfulló Lindsay al final, jadeando después de tanto patearme—. Y es ridículo que un tipo como tú, que está herido, intente aún manejar los puños. Si no me dices tanta pena te rompería los huesos.

Desde el suelo, jadeando yo también, alcé la cabeza para mirarle.

—Pagaré esto, Lindsay —dije en voz baja—. Juro que le mataré.

Por toda respuesta Lindsay me sujetó por las solapas, me hizo poner en pie de un tirón y luego me llevó a empujones y puntapiés hasta la puerta.

Miré al siquiatra, que estaba junto a una ventana.

Él era mi última esperanza.

Pero aún quemaría antes el postrer cartucho, cuando llegásemos a la furgoneta que había de trasladarme a Sing-Sing.

Lindsay no lo sospechaba. Desenfundó su revólver y volvió a enfundarlo tras comprobar que estaba bien cargado. Descendimos a continuación a la planta baja, y allí se le unieron tres federales más, todos ellos luciendo en el costado izquierdo de la americana el bulto que formaba su calibre 38.

Salimos a la calle y vi la furgoneta.

Era del tipo normal, con separación entre la parte posterior y la destinada a los conductores.

Me dispuse a jugarle mi última oportunidad.

8

Los federales no eran tontos, y sabían hacer aquella clase de trabajos.

Solo uno se sentó ante el volante, junto al conductor. Los otros dos y Lindsay, es decir, tres fulanos cada uno de los cuales hubiera sido capaz de desnucar con los dientes a un tigre, se situaron junto a mí en la parte posterior del vehículo.

Allí uno de ellos abrió una especie de pequeña caja de herramientas, sacó un ametrallador plegable y lo montó ante mis ojos, poniendo en cada detalle un especial deleite. Luego me miró y se echó a reír.

—Esto servirá de orquesta si es que intentas hacernos bailar, angelito.

La furgoneta arrancó.

Yo sabía que teníamos que salir de la ciudad para llegar a Sing-Sing. Y si esperaba que dejásemos atrás las calles de Nueva York, toda fuga sería imposible.

Tenía que intentar algo en el sitio donde hubiera más bullicio, en un lugar concurrido donde los federales no se atreviesen a usar sus revólveres y sus metralletas.

La furgoneta no tomó ninguna curva a poco de arrancar. Íbamos, pues, en dirección Oeste.

—¿Sabes lo que te espera en Sing-Sing? —me preguntó Lindsay.

—Nada malo hasta que sea juzgado.

—Pero se te juzgará muy pronto. Y luego irás sin remedio al pabellón de los condenados a muerte.

—Eso le gusta, ¿eh?

—Me froto las manos cada vez que se cargan a un bicho.

—He jurado que antes le mataría, Lindsay.

Lindsay hizo «glub, glub» con la boca, preparó saliva con toda tranquilidad y luego me escupió en la cara.

Fui a saltar, pero el de la metralleta me golpeó el pecho con la culata y me hizo sentarme de nuevo. Todo me dolía después de los puntapiés de Lindsay, desde los tobillos hasta la nuca. Aquel golpe me hizo toser, y mientras me encogía intenté comprender por dónde debía circular ahora la furgoneta.

—Más vale que te estés quieto —me aconsejó el federal de la ametralladora—, porque la próxima vez pegaré más fuerte. Y todavía nos hace falta un buen rato para llegar a Sing-Sing.

—No volveré a insistir —dije, poniendo cara de buen chico—, pero ese tipo me irrita los nervios...

—A Lindsay solo volverás a verlo cuando declare ante el jurado. Y probablemente en la cámara de ejecución. ¿Ves cómo tiene ventajas el ser condenado a muerte? Así te librarás de él.

Otro de los agentes había desdoblado un periódico y lo estaba leyendo. Para ellos las conducciones de presos eran un trabajo rutinario ya. Vi que leía atentamente la sección de política exterior. Fingí adormilarme.

Pero todos mis nervios estaban en tensión, intentando averiguar dónde nos encontrábamos.

Al cabo de unos instantes le oí decir:

—Los rusos tienen los planos completos del nuevo sumergible de bolsillo. Lo dice ya el periódico como noticia confirmada.

Lindsay gruñó:

—¿El nuevo sumergible de bolsillo? Nuestro amigo Dan estuvo allí, y como es tan buen chico aprovechó para cometer un asesinato. ¿No tendrás tú algo que ver con los rusos, Dan?

—Yo no tengo nada que ver con nadie. Solo trabajo para mí mismo farfullé.

—Los que robaron ese secreto no lo hicieron para venderlo precisamente a los rusos —dijo el federal del periódico, mientras lo doblaba—. Esos espías trabajan para cualquiera, y hasta trabajarían para nosotros si los supiéramos aprovechar. Los rusos no han hecho más que comprar lo que les vendían.

—Pero nuestro amigo Dan puede que tenga algo que ver.

—Nunca he sido un espía —gruñí—. ¡Malditos seáis vosotros y todos vuestros ascendientes puestos en fila! Me producís asco. Voy a ser juzgado por doble asesinato y ya es bastante. ¡Dejadme en paz!

—Lo de doble asesinato es solo un decir —rio Lindsay—.

Probablemente imaginas que han sido encontrados ya los tres cadáveres despanzurrados sobre las arenas de Coney Island. Y probablemente imaginarás también que sabemos que fue tu revólver el que los despachó. Pero los tres socios eran asesinos buscados por la policía. Borrón y cuenta nueva. Casi nos hiciste un favor. Pero solo quiero hacerte una pregunta: ¿por qué los eliminaste? ¿Fue un ajuste de cuentas?

—No —contesté—. Fue algo mucho más sencillo: un entretenimiento.

Los federales rieron, pero yo noté que reían sin ganas. En realidad me contemplaban con cierta admiración.

—No pensamos acusarte de eso —explicó Lindsay—. Ya ves si somos buenos chicos. Seguro que el fiscal del distrito, una vez te hayan ejecutado, no querrá buscarte más complicaciones, Dan, muñeco.

Y se echó a reír de nuevo, enseñándome todos los dientes.

Estaba distraído. Los otros también.

Debíamos estar a la altura de la Tercera Avenida, que a aquella hora reventaba de circulación. Yo oía a los automóviles dar gas y pasar por todos los lados a nuestro alrededor.

Aquella era mi oportunidad. No podía perderla.

—¿Por qué no se ríe mejor, Lindsay? Tiene unos bonitos dientes.

Lindsay me los enseñó como si fuera a morderme.

—Claro que sí, muñeco.

Salté sobre él y le golpeé en los dientes con el canto de la mano, dominando los dolores de mi todavía reciente herida. Lindsay aulló, notó sus labios partidos y de estos empezó a brotar sangre como si fueran un manantial. Pero yo ya no llegué a verlo porque tenía cosas más importantes que hacer.

Aprovechando el momentáneo aturdimiento de Lindsay, lo puse en pie y me situé a su espalda, empleándolo como escudo. Como Lindsay era el federal que estaba más cerca de la puerta, situado casi junto a ella, los otros tres quedaban de cara.

La metralleta produjo un chasquido.

—¡No dispaes! —rugió Lindsay.

Sabía que las balas podían barrernos a los dos. Mi derecha buscó afanosamente en la funda axilar de Lindsay que aún se llevaba las manos a la boca y se estaba portando como un verdadero imbécil,

pendiente sólo de lo que harían sus compañeros.

El conductor frenó bruscamente.

Un automóvil que venía detrás, confiando en nuestra velocidad, no pudo frenar a tiempo y estrelló sus narices contra nuestro parachoques posterior. Un federal que ya iba a saltar sobre mí, cayó hacia atrás a causa de la violencia del golpe. Yo ya tenía en la derecha el calibre 38 de Lindsay y le había clavado a este el cañón en los riñones, mientras con la mano izquierda buscaba en el bolsillo del mismo lado, donde le había visto guardar las llaves de la furgoneta después de cerrar por dentro.

Todo esto ocurría en brevísimos segundos, mientras bailábamos de un lado a otro dominados por la inercia del choque, igual que en un barco zarandeado por las olas.

—Sepárate de mí y te aso —dije a Lindsay.

Él pensó que lo haría. No se separó. Sabía que su única posibilidad de seguir vivo estaba precisamente en servirme de escudo, porque en cuanto se apartase de mí y ya fuera inútil, yo me volvería loco y empezaría a barrerlo todo con plomo. Era el «perro rabioso» Dan. No podía tener ni un pequeño desliz conmigo. Más le valía confiar en los otros.

Pero los otros le tenían a él delante. No podían disparar.

El que me acribillaría era el conductor; yo lo sabía.

Después de detener el coche, había dado la vuelta a la furgoneta y en este momento estaría llegando a la parte posterior. En cuanto yo abriese la puerta, si es que llegaba a abrirla me desharía a balazos.

Encontré la llave y, sin volverme, la introduje en la cerradura, tanteando sin dejar de apuntar a Lindsay.

Si este hubiera querido portarse como un valiente, se habría arrojado al suelo velozmente, en cuyo caso era posible que mi bala le hubiera pasado por encima, quedando yo al descubierto y en disposición de ser acribillado como un pelele por las armas de los otros.

Pero Lindsay —que en otras ocasiones había sido muy valiente—, parecía dominado por el miedo esta vez. No se movió. Los otros, arrinconados en el extremo opuesto de la furgoneta, no se atrevían a disparar porque al hacerlo tendrían que matar a Lindsay, y confiaban que el chófer se encargaría de mí.

Di vuelta a la llave, abracé a Lindsay y caí con él hacia atrás, mientras en la calle resonaba un grito.

El conductor, que estaba junto a la puerta, disparó, desviando su revólver a última hora. Su muñeca derecha hizo justamente el movimiento necesario para no matar a Lindsay.

La bala me rozó la cabeza.

Caímos detrás del automóvil cuyo morro estaba medio empotrado en la furgoneta. Había un lío espantoso de coches y de personas alrededor del accidente. Oí gritos mientras con la culata golpeaba en la nuca de Lindsay.

Este cayó de bruces. Estaría desvanecido un buen rato y no me preocupé más de él.

Dos federales venían ya tras de mí, uno de ellos con la metralleta.

Disparé dos balazos por encima de sus cabezas, parapetados tras un coche. Se arrojaron al suelo e intentaron ametrallarme por debajo de las ruedas. Sus balas trazaron un mortal abanico a pocas pulgadas del asfalto. Corrí siguiendo la dirección en que estaba caído Lindsay, pensando que de este modo no se atreverían a disparar con tanta audacia.

El otro federal subió de un salto a lo alto de la furgoneta y empezó a tirar desde allí. Pero sus disparos tenían que ser muy cuidadosos, porque había gente a mi alrededor, y eso le obligaba a ser lento. Unos segundos después yo corría tan agazapado por entre el caos de coches allí detenidos que era imposible verme.

Había elegido un buen sitio para la fuga.

La Tercera Avenida era en aquellos momentos como una selva. Imposible encontrar allí a nadie aunque estuviera a diez pasos de distancia.

Guardé el revólver y seguí corriendo, intentando acercarme a los grupos asustados que iban de un lado para otro, huyendo de los balazos.

Cosa fácil de conseguir.

Había allí tal tumulto que nadie se fijaba en nadie. Pensé que a Lindsay no le quedaría más remedio que presentar su dimisión después de aquello, si es que no iba a la cárcel por falta de valentía. Noté que los federales habían cesado de disparar, pero el tumulto no cesaba.

Entré en los grandes almacenes Globber, que tienen salida a dos calles. La misma gente asustada me empujaba para entrar. Nadie se fijaba en mí, y durante aquellos instantes estoy seguro de que nadie me hubiera prestado atención ni aunque yo hubiese llevado plumas en la cabeza.

La planta baja de los almacenes estaba abarrotada, pero me abrí paso a codazos y salí por una puerta lateral. Allí era mayor la calma. No se oían disparos.

Me introduje por una de las bocas del *subway*^[3] y gasté en el billete las últimas monedas que quedaban en el bolsillo. Otro exceso de confianza de Lindsay: un detenido no debe llevar encima ni un centavo. Claro que debió pensar que con unas pocas monedas yo no iría a ninguna parte.

Pero me bastaron para un trayecto del *subway*.

Y media hora después yo aparecía al otro lado de Nueva York.

La ciudad era como una jaula, porque yo ya no podría salir de allí. Pero estaba libre y dispuesto a seguir con mi siniestro trabajo.

Lo que necesitaba más urgentemente era dinero.

Mil trampas me acechaban a cada paso. Cualquiera podía reconocerme.

Por eso pensé acudir en busca de la persona que no tendría más remedio que dármele. No mi cliente, al que había visto por última vez en la biblioteca Rockefeller, porque de ese desconocía la dirección. Buscaría, en cambio, a la joven doctora en Medicina que me había entregado a la policía como se entrega un perro a las fieras del zoo.

9

Había leído los periódicos mientras estuve detenido en la brigada y conocía el nombre de la mujer que le había entregado a los polizontes, aunque ella no me lo hubiera dicho. Casi todos los rotativos le dedicaban más de inedia plana.

Se llamaba Linda Maney.

Me jugué el tipo otra vez y me encaminé a la subcentral telefónica más cercana. No disponía ni de unos níqueles para entrar en un bar, tomar algo y adquirir una ficha para el teléfono. Fui, pues, a pie a la subcentral y allí consulté la guía telefónica de Nueva York. Solo había una mujer que se llamase Linda Maney y que fuera médico. Ella.

Nadie se fijaba en mí.

La dirección de la que acababa de tomar nota correspondía a un barrio elegante, un barrio de chalés, situado más allá de Jersey City. Calculé que necesitaría más de dos horas para llegar a pie hasta allí.

Y aún gracias que Lindsay había tenido el descuido de dejarme unas monedas para tomar el *subway*.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando llegué al barrio donde vivía Linda Maney. Las calles estaban formadas por chalés de las formas más caprichosas, rodeados de jardines en los que abundaban los árboles. El sitio era ideal para darse buena vida. Me pregunté si Linda habitaba sola allí, aunque era de suponer que sus ingresos no darían para tanto.

Si había otras personas en la casa, además de ella, sería una nueva complicación.

Pasé por delante y me pareció que en el chalé no había signo de vida, cosa natural porque era hora de que Linda estuviese trabajando. ¿Pero no habría nadie más allí? Mientras contemplaba la casa noté que en el jardín contiguo un tipo gordo leía una revista donde había muchas chicas en deshabillé. Me arriesgué y pregunté

si allí vivía la doctora Linda Maney.

—Hace al menos veinticuatro horas que no la veo. Y es una lástima, créame.

Suspiró y pasó la página de su revista.

Era una de esas que las aspirantes a estrellas de Hollywood se dejan retratar como modelos. ¿Como modelos de qué? Bueno, eso no importaba.

El tipo gordo seguía suspirando.

—¿Y su amiga? —pregunté.

—¿Qué amiga?

—Tenía entendido que Linda no vivía sola.

—¡Ah! Se referirá usted a su patrona, en tal caso.

—¿Hay ahí una pensión?

—No, pero la señora Talbot ya cuidaba de Linda Maney cuando ella era estudiante, y luego ha continuado teniéndola en su casa. Son parientes muy lejanas, o algo así. Bueno, ¿y por qué me pregunta todo eso? ¿Es que le interesa a usted la chica?

—Mucho.

—Pues aguárdela hacia las cuatro de la madrugada, que es cuando ella vuelve de trabajar. Para una declaración esa es la mejor hora, sobre todo si después de la declaración ella dice que sí.

Y lanzó una carcajada, guiñándome un ojo. La revista temblaba entre sus dedos. Aún le hice otra pregunta:

—¿Y la señora Talbot? ¿Tampoco está?

—Salió de viaje. Lo hace con frecuencia, porque tiene unos parientes cerca de la ciudad y los va a ver al menos una vez cada quince días. Linda Maney ya sabe arreglárselas sola. Mejor para usted, ¿no?

Intenté sonreír.

—Mejor.

Le di las gracias y me alejé de la calle. Había corrido un grave riesgo porque el tipo de la revista pudo reconocerme, o podía acordarse después y llamar a la policía, en cuyo caso el barrio sería acordonado. Pero tampoco podía arriesgarme a entrar en la casa de Linda sin saber lo que había en ella. Peligro por peligro.

No me alejé demasiado. En un paseo cercano, contiguo a un bosquecillo que servía como jardín público, dejé transcurrir casi una hora. Luego volví a la calle y observé discretamente desde la

distancia. Nada había cambiado.

Los policías debían estar buscándome por todo Nueva York. Era sólo cuestión de tiempo el que a alguien se le ocurriese pensar que Linda Maney corría peligro. En cierto modo era extraño que no hubiesen enviado ya alguna escolta a la casa. No podía perder más tiempo.

Fui acercándome.

Dos policías montados en una moto de servicio llegaron entonces. Tuve tiempo justo para ocultarme tras una esquina. La moto se detuvo frente a la casa, que yo vigilaba y uno de los policías llamó a la puerta mientras el otro montaba guardia. Estuvo llamando cerca de cinco minutos sin que nadie le respondiera. Luego, como era seguro que no tenía orden judicial para ir más adelante, volvió junto a su compañero. Los dos preguntaron en una de las casas fronterizas, donde debieron decirles que no había ocurrido nada de particular en las últimas horas. Volvieron junto a la moto, la pusieron en marcha y se apostaron dos esquinas más allá.

Ya estaba allí. La vigilancia.

En cierto modo era lógico.

Me interné por las calles y llegué a la parte trasera de la casa. Empezaba a oscurecer, y en algunas torres cercanas ya brillaban luces. Allí no. Nada.

Busqué una ventana que me permitiera entrar y la encontré en la cocina. Estaba muy mal cerrada, de modo que penetré en la casa sin dificultades. La cocina era una pieza blanca que se hallaba en el más perfecto orden.

Todo era moderno allí; moderno y confortable. La tal señora Talbot debía poseer medios económicos, y Linda viviría bien en la casa. Me reí pensando en los dos tipos de la motocicleta que estarían aguardando fuera. Fui a un saloncito y sin encender luces abrí un mueble bar donde había botellas. Tomé unas pastas de cóctel y me engullí medio vaso de ginebra.

No me importaba esperar allí hasta las cuatro de la madrugada si era necesario. Me puse cómodo y encendí un cigarrillo de los que había encontrado en el mismo mueble bar.

Luego la oscuridad se fue enseñoreando completamente de la casa. Las sombras lo llenaron todo. Aquel silencio me crispaba los

nervios.

Decidí dar un recorrido por las habitaciones por sí había allí algo de interés. Al fin y al cabo me sobraba tiempo...

A tientas, alumbrándome solo por el resplandor que llegaba desde los faroles de la calle, fui recorriendo las habitaciones. Dos dormitorios, dos cuartos trasteros, un guardarropa, un cuarto de baño...

Fue en ese cuarto de baño, antes de abrir la puerta, cuando supe que Linda estaba en la casa.

Había un zapato junto a la puerta. Un botón. Junto al umbral mismo, un leve mechón de cabellos.

Respiré fuerte.

Abrí la puerta.

¿Qué tendrán los ojos de los muertos?

Los ojos de los muertos parece como si nos siguieran a todas partes. Son como espejos y todo se refleja en ellos. Igual que ventanas donde leemos todo el terror inimaginable de la noche y el destino.

Linda Maney tenía unos ojos así.

Estaba en la bañera, tendida de cara a la puerta, y sus ropas desordenadas indicaban que había sido arrastrada a la fuerza hasta allí. La sangre empapaba todo su vestido, sus medias, hasta el único zapato que conservaba. Las manos, ya completamente blancas, estaban engarfiadas a la altura de la garganta.

Yo he visto muchas cosas horribles en mi vida, pero aquel profundo tajo que seccionaba el cuello de la muchacha me hizo apartar los ojos en el primer instante.

La habían arrastrado desde alguna de las habitaciones hasta la bañera, degollándola allí.

Mis ojos adquirieron ese brillo glacial e inhumano que yo he visto muchas veces en mis propias fotografías. Lo noté ahora también, mirándome en el espejo que tenía a mi izquierda. Mis dedos se estiraron un momento y luego se crisparon como si fuesen a estrangular a alguien.

Me incliné sobre la muchacha.

Aun cuando yo no sea precisamente un médico forense, puedo dictaminar mejor que algunos de ellos la hora en que una persona ha muerto. Debe ser la siniestra y maldita práctica que tengo... Miré

desde cerca, empleando solo la luz de una lámpara pequeña de la bañera, los ojos de la muerta. Observé también la nula rigidez de sus músculos. El convencimiento a que llegué después de este breve examen, me hizo lanzar un grito de asombro y casi casi de terror.

Aquello no tenía sentido.

Repetí mi examen, ahora con más atención, acercando incluso la muerta a la pequeña lámpara. No, no me había equivocado. ¡Linda Maney había sido asesinada hacía apenas una hora!

¡La habían matado mientras yo me encontraba en el exterior, vigilando la casa!

Pero entonces...

Solo había un pensamiento lógico, y este pensamiento vino a mi cráneo demasiado tarde.

Exactamente cinco segundos demasiado tarde.

Me volví con toda la rapidez de mis músculos, soltando a la muerta, pero ya en ese momento algo punzante se apoyaba en mi espalda mientras una voz decía suavemente:

—¿Sorprendido, muñeco?

10

Me puse en pie poco a poco, manteniendo las manos por encima de mis hombros y sin volverme.

La cosa dura y punzante que yo tenía a mi espalda era la punta de un cuchillo, probablemente el mismo que había degollado a Linda. El hombre que estaba detrás mío lo hizo penetrar a través de las ropas, trazando en mi piel un pequeño punto doloroso y sangriento.

No me moví. Mis ojos estaban fijos en el cuerpo de Linda Maney, desangrada sobre la bañera.

La misma voz suave, casi femenina, ordenó:

—Vuélvete.

Me volví.

Eran tres.

Los tres empuñaban cuchillos y no pistolas, pues debían saber ya que dos agentes estaban a pocas yardas de la casa. Iban bien vestidos con trajes grises, excepto el que me había amenazado primero, el de la voz suave, que iba vestido de negro. Ese tenía los cabellos rizados y sus ojos y sus labios eran parecidos a los de una mujer. Llevaba una corbata azul sobre la cual estaba bordado el retrato de Elvis Presley. Su cuchillo, una verdadera hoja carnicera capaz de degollar a un buey, estaba manchado de sangre.

Yo los conocía a los tres.

Eran Tommy Nais, Joe Cantaro y Ned Ringo, que era precisamente el tipo vestido de negro.

Este repitió:

—¿Sorprendido, muñeco?

—Nada en absoluto. Casi lo esperaba.

—Nos ha divertido mucho, ¿sabes?, oírte entrar en la casa como si no hubiera nadie aquí. Y ver cómo te fumabas un cigarrillo y te atizabas la ginebra.

—Podía haberos invitado.

—Lo merecíamos. Ya ves, te hemos hecho el trabajo.

—Así me gusta.

Me moví y le aticé a Ned Ringo un trallazo en plena boca, partiéndole dos dientes y dejándole los labios perdidos de sangre. Él se echó hacia atrás y empezó a maldecir con la jerga más vergonzosa y más repugnante de los barrios bajos, exactamente igual que una mujerzuela. Ni siquiera pensó en atravesarme con el cuchillo que tenía en la mano derecha. El dolor podía más que él. Nais y Cantaro se me arrojaron encima y uno de ellos movió su cuchillo en ángulo para clavármelo exactamente en el corazón. Tuve justamente tiempo para arrojarme hacia atrás, y la hoja de acero sólo me rasgó el traje. Quedé apoyado en la pared, sin poder retroceder más, mientras miraba a los dos hombres que avanzaban poco a poco hacia mí con sus cuchillos preparados.

Ringo había caído de rodillas al suelo y miraba como hipnotizado sus dos dientes manchados de sangre sobre las baldosas. Aquellos dos dientes que ya no le volverían a nacer. De una forma instintiva comprendí que él sería el más temible cuando se pusieran a destrozarme a cuchilladas. Él sería quien más me haría sufrir.

Y de pronto lancé una carcajada.

Me salió de dentro, me salió de las entrañas. Tenía ganas de reír cuando me mataran, cuando me hiciesen tiras la piel. Nais y Cantaro abrieron la boca y se me quedaron mirando como quien ve una pesadilla.

—¿Quién os vianda? —susurré, dejando de reír por unos momentos.

—Eso no te importa.

—Me gustaría saber, al menos, quién me despacha.

—Supón que la policía.

—¿La policía vosotros? No me hagáis reír más porque luego me duelen los riñones.

Los dos se habían detenido un instante. Me miraban con ojos brillantes, dispuestos a saltar. Y yo sabía que, en cuanto saltaran, no podría resistir la acometida de los dos.

Estaba herido. Apenas podría luchar.

—Hay dos policías parados a pocas yardas de la casa —dije,

tratando de ganar tiempo.

—Lo sabemos. Hacía un buen rato que estábamos esperando una oportunidad para entrar —jadeó Nais—. La chica estaba encerrada escribiendo un libro sobre medicina. ¿No te lo imaginabas, eh? Un libro sobre medicina. La hemos arrastrado hasta aquí y le hemos dado una lección práctica...

—¿Por qué?

—Eso no te importa.

—Podríais decírmelo, ya que de todos modos voy a morir.

Cantaro jadeó:

—¡No te importa!

Y saltó sobre mí. Fue el primero. No sincronizó bien los movimientos con su compañero Nais, y eso le costó recibir lo que recibió a continuación. Yo moví la pierna derecha y le golpeé en el bajo vientre con toda mi mala saña. Cantaro cayó hacia atrás conteniendo los desesperados aullidos que pugnaban por salir de su boca. Tenía los labios curvados en una mueca de tan espantoso dolor que casi me dio pena.

Pero me dispuse a saltar sobre Nais para hacerle lo mismo, o más si podía.

Vi en ese momento que se levantaba Ringo y me detuve. No podía precipitarme. Cualquier movimiento que yo hiciese tenía que ser dirigido por la cabeza y no por el odio que destilaba mi corazón.

—Estáis buscando vuestra propia muerte —silabeé mirando a los dos que estaban en pie ahora—. Yo maté a Luke Shelby después de derribar a sus dos guardaespaldas. Yo maté a Farley pocas horas después, y antes de eso, como entretenimiento, dejé a tres hombres tendidos para siempre en la arena de Coney Island. Yo he escapado de las garras de los del FBI y escaparé también de vuestras cochinas pezuñas..., después de bañarme en vuestra propia sangre.

Las palabras me salían del corazón. No estaba hablando solo para asustarles. Realmente pensaba coserlos a cuchilladas a los tres. ¿Cómo? No lo sabía. Pero yo miraba ya sus pieles como el matarife mira la piel de la res.

Riego, que ya se había recuperado, saltó hacía mí.

—¡Tú también, Nais!

De no estar los dos policías a tan poca distancia de allí, me hubieran repasado con sus pistolas, pero ahora no podían. Estaban

obligados al silencio igual que yo, que no gritaría sucediese lo que sucediese. Los vi venir y noté que un cuchillo volaba por cada lado. Mis dos brazos no obedecerían a la vez, porque uno estaba herido. Hice entonces simplemente lo que mi instinto me dictó, que fue saltar por el pequeño hueco que entre los dos me dejaban libre.

Si llegan a tener los cuchillos bajos me alcanzan, pero iban a asestar el golpe de arriba abajo y no llegaron a tiempo. Me rozaron tan sólo. Y yo me encontré patinando por el pequeño cuarto de baño, hasta tropezar con las piernas de Cantaro.

Este, en el paroxismo del dolor, intentó hacerme una zancadilla, pero no lo consiguió.

Salté a tiempo, choqué contra la puerta y pude abrirla justo en el momento en que un cuchillo se clavaba en la hoja de madera.

Me encontré en el exterior, en una sala, protegido por la penumbra que reinaba en ella. Mis ojos buscaron ansiosos algo con lo que poder defenderme.

Una de las paredes estaba decorada con una panoplia donde había un arco, varias flechas de bambú y un machete como los usados por los antiguos tagalos. No debía estar muy afilado, pero era igual. Logré desprenderlo de la panoplia en el momento en que los tres hombres salían atropelladamente por la puerta.

No me descubrieron al principio, y sólo se dieron cuenta de que yo estaba allí al ver brillar sobre sus cabezas la hoja del machete. Nais, que era el que me tenía más cerca, lanzó un aullido.

No creo que llegaran a oírlo desde la calle, porque la sala no comunicaba con el exterior. Pero la mueca de dolor de Nais no la olvidaré nunca.

Dejé caer el machete sobre su cuello y se lo cercené casi completamente. Fue una herida mucho más atroz que la que ellos habían infligido a Linda Maney. Pareció como si Nais se quisiera bañar en su propia sangre. Di entonces otro golpe, ahora dirigido a Ringo, y fallé.

Ringo me atizó una cuchillada de costado y pude pararla con un codo. Fue en el brazo herido. Creí que los huesos se me astillaban. Aullé de dolor y con los dientes apretados por la rabia le asesté el machete, en lo que puse todo mi odio. La ancha hoja de acero le desgarró el pecho y debió llegarle hasta el corazón. Su alarido sí que debió oírse entonces en toda la calle. Miré a Cantaro.

Él era el único que quedaba con vida, y sus labios temblaban como los de una vieja.

Daba pena.

Él tenía en la mano un cuchillo y yo disponía de un machete con el que ya había medio descuartizado a dos hombres.

—Muy bien —jadeé—. Tú serás el tercero. Tres, como los de Coney Island...

Cantaro dejó caer su cuchillo al suelo.

Ya no le importaba hacer ruido, ya no le importaba nada salvo escapar del horror que leía en mis ojos. Se llevó la derecha a la funda axilar y sacó una pistola. Yo debí haberle atacado mientras hacía el movimiento, pero los nervios unas veces se tienen a punto y otras veces se tienen destrozados. No me obedecieron.

—Dispara —musité—. Vamos, dispara...

Tensó un poco el brazo derecho.

Yo lancé el machete hacia adelante, mientras me arrojaba a tierra con toda mi rapidez. La doble punta del arma alcanzó a Cantaro en el vientre, pero sin herirle de una forma mortal. Se encogió y eso fue bastante para que la bala fallase por unas centésimas de pulgada. Di una vuelta sobre mí mismo, en el suelo, y entonces él me apuntó con más calma.

Una sonrisa satánica distendía sus labios. Lanzó una carcajada.

Y entonces la ráfaga le alcanzó en pleno vientre, y se puso a aullar a cada nuevo balazo como un mono al que arrastrasen por las orejas. Me volví, mientras trataba de ponerme en pie, y vi a los dos policías de la moto que estaban disparando con sus revólveres desde la puerta. Lo hacían con tal rapidez, sin dejar parar el dedo, que sus disparos producían el efecto de una verdadera ráfaga de ametralladora. Cantaro recibió al menos ocho balas en menos de ocho segundos. Pero yo no me entretuve en verlo caer.

Salté hacia la parte del cuarto de baño, donde yacía el cuerpo de Linda, me arrojé con todas mis fuerzas contra la ventana y astillé los cristales, saltando al exterior de la finca.

Un policía gritó:

—¡Alto! ¡Deténgase!

—¡Alto en nombre de la Ley!

Solo una esperanza me quedaba de salir con vida. Su moto, la propia moto de la policía. Debían haberla dejado de cualquier modo

al oír los alaridos agónicos de aquellos tres granujas. Salté la valla del jardín, y en ese momento dos balas silbaron junto a mi cabeza. Los policías habían tirado a matar, pero yo me movía con demasiada rapidez. Oí que gritaban:

—¡Es Dan Glenfer!

—¡Hay que presentarlo muerto!

La moto estaba una esquina más allá. La distancia no era mucha, pero a mí me pareció como atravesar todo el desierto de Gobi. La cabeza me daba vueltas. Otra bala restalló junto a mis pies, dejando un surco en el asfalto. Caí sobre la moto y accioné furiosamente la palanca de arranque. El motor funcionó al instante con un ronroneo satisfecho. Puse primera y arranqué como un suicida, haciendo eses y pegándome todo lo posible al cuerpo de la máquina. Los policías tenían que recargar sus revólveres, seguramente, no dispararon más. Me encontré corriendo a gran velocidad por una calle desconocida sin saber aún exactamente qué era lo que acababa de suceder. Era todo como una pesadilla.

Llevaba el traje hecho tiras y no podía pasearme con él por toda la ciudad. Además, iba en una moto de la policía, fácilmente reconocible por la matrícula, la radio y el color. No se veían muchas Harley-Davidson como la que yo conducía, y esta tenía que llamar por fuerza la atención.

De modo que decidí ir a un lugar donde seguramente a los polizontes no se les ocurriría buscarme.

Dejé la moto en un estacionamiento sin vigilar, cercano al domicilio de Sally, y donde había otros centenares de vehículos que sin duda pasarían allí la noche. No era fácil que encontrasen la moto hasta la mañana siguiente, y para entonces ya habrían ocurrido muchas cosas. Recorrí por las zonas más oscuras la poca distancia que me separaba del edificio de apartamentos donde vivía Sally. El edificio del cual yo la había sacado fingiendo ir a casarme con ella...

No había allí mozo de ascensor, y yo lo sabía. El único peligro era el conserje, y ese estaba vuelto de espaldas leyendo los resultados de las carreras de caballos de aquella tarde. Fue solo unos segundos, pero bastó para que yo pasara.

Me introduje en el ascensor y pulsé el timbre correspondiente al piso de Sally.

Lástima no tener un cigarrillo.

Hubiese sido estupendo echarle el huelo a la cara, cuando me abriese.

Oprimí el timbre y me apoyé en una de las jambas de la puerta, en postura negligente y con las manos en los bolsillos. Cuando Sally abrió, yo bostecé:

—Hola, nena.

Fue a gritar, pero le tapé la boca, cerré la puerta de un taconazo y luego la empujé a ella —que era como una muñeca deliciosa y blanda—, al sofá que había en el centro de la pieza. Sally pataleó, se revolvió, y para que se calmara tuve que besarla.

Las mujeres, después que uno las besa, siempre hay un momento en que se quedan calladas. La tempestad tarda unos segundos.

Ella se me quedó mirando de nuevo como quien ve visiones y luego fue a gritar otra vez. Comprendí que ahora ya no había fuerza humana que pudiese evitarlo.

Pero en este momento alguien llamó a la puerta.

—Abra —gritaron desde fuera—. ¡La policía!

11

Sally quedó como paralizada. Le tapé la boca y di un golpecito con el antebrazo a mi costado izquierdo, como si aún llevara pistola y quisiera indicárselo. Luego le señalé la puerta.

Ella comprendió.

O tranquilizaba a los policías que estaban al otro lado de la puerta o la enviaba a la morgue. Dijo que sí con un mudo movimiento de cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Cosa extraña, no había miedo en sus ojos.

Había más bien una especie de desengaño, una especie de sordo y oculto dolor.

Yo me situé al costado mismo de la puerta, de modo que quedase cubierto por la hoja de madera al abrirse esta.

Sally franqueó la entrada y dos hombres de uniforme, con las manos sobre sus pistolas reglamentarias, avanzaron solo unos pasos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sally—. ¿Es que creen que Dan Glenfer se oculta aquí?

—De él queríamos hablarle.

—¿Qué ha sucedido?

—¿No ha escuchado los boletines de noticias de la radio?

—No.

—Dan Glenfer ha escapado cuando era conducido a Sing-Sing.

Sally fingió sorpresa. Además de guapa era una magnífica actriz. Mejor para el hombre que al fin se casase con ella...

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Ha sido un descuido de los encargados de vigilarle. Ya lo pagarán. Pero dejemos esos detalles para más adelante; hemos venido a protegerla.

—¿Por qué? No creo que Dan tenga nada contra mí. Se limitó a utilizarme como un instrumento.

—¿Sí? ¿Recuerda usted a la mujer que lo entregó a la policía?

—Claro que la recuerdo.

—Ha muerto. La han degollado en una bañera. Dan Glenfer estaba allí.

Ahora sí que me di cuenta, por la exclamación ahogada de Sally, de que estaba sorprendida de verdad. Y de que por primera vez tenía miedo, un miedo que iba desde sus miembros hasta el fondo mismo de su cráneo.

Se tensaron mis músculos. Si ahora ella decía algo, una sola palabra de más, todo habría terminado. Yo no llevaba armas ni podría defenderme del ataque conjunto de dos policías.

Pero Sally preguntó con una extraña serenidad:

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Parece mentira que lo pregunte aún. Si esa mujer ha muerto, usted puede morir también.

—Es distinto. Ella le entregó a la policía, yo iba a casarme con él.

—¡Hum! De todos modos haría una estupidez confiándose. Dan no tiene entrañas y está ya tan acorralado que no le importará matar una vez más. ¿Ha ocurrido algo sospechoso? ¿Alguna llamada telefónica, por ejemplo?

—Nada.

—Vamos a quedarnos montando vigilancia cerca de esta puerta para que Dan Glenfer no pueda acercarse aquí. Si ocurre algo extraño, llámenos. Y hágalo también cada vez que alguien le telefonee, antes de descolgar el receptor. Le bastará dar dos golpecitos en la puerta.

—Gracias, así lo haré.

—Buena suerte.

—Otra vez gracias.

Cerró la puerta. Fue entonces cuando yo quedé al descubierto y ella también. Había en sus ojos como una mirada extraviada, como una llamarada dolorosa que se fue aquietando poco a poco al encontrarse con mi mirada.

Me di cuenta de que ya no me contemplaba con amor, sino con una especie de pena. Me di cuenta también de que Sally era buena chica, quizá la mejor chica que yo había conocido en mi vida.

Peor para ella.

—¿Estás asustada? —pregunté.

—La respuesta has de dármela tú. ¿Debo estar asustada? ¿Corro peligro?

—No.

—¿Pretendes que te crea?

—Haz lo que te venga en gana.

—Solo pretendo saber una cosa, Dan. ¿Es cierto lo de Linda Maney?

—Sí. Ha sido degollada.

Sally se puso a llorar de pronto, como si todas sus lágrimas contenidas surgiesen en torrente, y cayó de rodillas. Procuraba llorar en silencio para no llamar la atención de los dos agentes que debían estar fuera, pero se estremecía todo su cuerpo. La bata de seda que vestía se entreabrió. Verla así fue para mí como un descubrimiento brutal y al mismo tiempo maravilloso.

—Yo no intervine en eso, Sally —musité.

—¿Pretendes que te crea?

—Los cuerpos de los hombres que asesinaron a Linda Maney están ahora en la morgue. Puedo garantizarte que dos de ellos por lo menos no lo pasaron bien.

Me miró. Sus ojos estaban anegados en lágrimas. Su bata seguía entreabierta.

—Lo peor... —susurró quedamente—, lo peor, Dan, es que yo te quiero.

Reí.

—Bonita estupidez querer a un hombre como yo.

—En el corazón no se manda, Dan. Nunca hubiera creído, antes de conocerte, que yo pudiera amar a un asesino. Pero desgraciadamente es así. Descubro con horror que te quiero. Es el mismo horror que sentiría si descubriera en mi cuerpo los síntomas de un cáncer, pero no puedo evitarlo.

—Bonita estupidez —repetí.

—Haría cualquier cosa por ti, Dan. El día que te maten seré la única mujer que lo sienta.

—No creas; habrá otras muchas. Siempre he sido un hombre de éxito.

Me dirigió una mirada furibunda, y en aquel momento sonó el teléfono.

El aparato estaba situado en la otra habitación, y por eso los

timbrazos no podían atravesar dos puertas cerradas y llegar al exterior. De otro modo, los agentes los hubiesen oído.

Sally se estremeció.

—¿Quién puede llamarte ahora?

—No lo sé.

—Contesta.

Se puso en pie y caminó a la habitación contigua como una sonámbula.

—¿Cómo puedo oír la conversación? —pregunté.

—No hay ninguna línea auxiliar; lo siento.

El teléfono estaba en el dormitorio. Sally se sentó en la cama, sin preocuparse de la postura, y descolgó el auricular. Yo me pegué mucho a ella. Podía así oír perfectamente la voz del otro lado del cable.

—¿Sally?

Era la voz de un hombre.

—Sí.

—Usted no me conoce, pero no cuelgue. Solo pretendo ayudarla.

—No necesito ninguna clase de ayuda.

Su impulso fue colgar, pero con la mano yo le indiqué que no lo hiciese.

—Le aconsejo que no corte —dijo la voz.

—¿Es la policía?

—No, aunque tengo alguna relación con ella.

—¿Con quién hablo? Dígalo de una vez.

—Lindstrom.

Se tensaron un poco los músculos de mi cara. Aquel tipo, empeñado en su teoría, estaba dispuesto a ayudarme hasta el fin. Pero yo no necesitaba su maldita ayuda, porque todavía estaba libre y pensaba seguir estándolo.

—¿Quién es Lindstrom? —preguntó Sally.

—El único que mantiene la teoría de que Dan está loco y no debe morir en la silla eléctrica. Si usted todavía siente algo por él, debe pensar en ayudarme.

—¿Y quién le ha dicho que yo siento algo por ese canalla?

—No mienta. Usted iba a casarse con él. Puede que ahora crea odiarle, pero su vida no le es indiferente. Sabe que ese hombre no destrozó su vida por maldad, sino porque está loco. Si usted me

ayuda, entre los dos podemos evitar un monstruoso error.

—¿Cómo puedo ayudarle? ¿Y cómo sé que usted es Lindstrom y que me está diciendo la verdad?

—Aguarde un momento.

En aquel momento cambió la voz del otro lado del cable. Y si bien la primera, yo no la había reconocido del todo, esta me fue familiar en seguida. Era la inconfundible voz de Armstrong, de la brigada de Homicidios de la Metropolitana.

—Oiga, señorita, yo soy Armstrong, el capitán Armstrong de la brigada de Homicidios. El hombre que le ha estado hablando es Lindstrom, siquiatra designado por el abogado de Dan Glenfer para que apoye la defensa. No creo una sola de sus paparruchas, pero lo cierto es que intenta ayudar a Glenfer. Y legalmente no puedo oponerme a que lo haga así, aunque me duelan los riñones al consentírselo.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Ahora volverá a hablar Lindstrom con usted. Yo solo he intervenido para disipar su desconfianza.

Sally me miró. Yo dije en voz muy baja:

—Era Armstrong.

Lindstrom se puso otra vez.

—Quiero que me ayude a encontrar a Dan Glenfer. No sé cómo vamos a lograrlo, pero usted puede darme algún indicio, puede tener alguna referencia que nos ayude en la búsqueda. Le doy mi palabra de honor de que la policía no intervendrá en esto. Cuento con la aprobación de Lewis, el abogado designado por Dan. Como usted sabe, las leyes permiten a este entrevistarse con su cliente sin dar cuenta a la policía. Y esa entrevista es vitalmente necesaria, ahora que Dan está libre.

—¿Pero qué tratan ustedes de conseguir?

—Primero, intentar demostrar que en realidad ese hombre no es Dan Glenfer. Él no ha negado ni afirmado nada; las características y las fotografías de uno y otro son casi iguales, pero las huellas digitales no existen. Si pudiéramos demostrar que él no es Dan Glenfer, una buena parte de las pruebas acumuladas contra él se habrían desvanecido. Y además, tenemos que demostrar que cometió sus delitos en una especie de estado crepuscular muy cercano a la locura. ¡Dése cuenta de lo que eso significa! ¡Significa

ni más ni menos que no volverá a hablarse de la silla eléctrica!

Sally tragó saliva con dificultad. Me di cuenta de que la había impresionado el tono seco y vibrante de la voz de Lindstrom.

—¿Qué debo hacer? —jadeó.

—Venga a buscarme antes de media hora a la brigada de Homicidios. El capitán Armstrong no puede oponerse.

—Está bien. Iré...

Colgó.

Sus ojos me escrutaron con curiosidad, y casi sufrieron una sacudida al ver que yo me encogía de hombros.

—¿Es que no te importa lo que ese hombre está haciendo por ti? —susurró.

—No conseguiré nada. Me río yo de los abogados y de los médicos. Lo único que necesito es que no me echen el guante.

—Pero yo le he prometido que iría.

—No conseguiréis nada. Es igual.

—Al menos —musitó juiciosamente, después de unos segundos de reflexión—, lograré que esos dos policías dejen de montar la guardia aquí. Si han venido para protegerme, seguro que me seguirán adonde vaya.

—Es lo normal.

—Y entonces tú podrás huir...

—No creas que es tan sencillo. Necesito dinero y otro traje. Este llamaría la atención en cualquier sitio. ¡Ah! Y además necesito colocarme por lo menos un vendaje en la mejilla, para que me deforme algo la cara.

—Podemos arreglar todo eso.

Sus ojos brillaban ante la posibilidad de ayudarme. Me di cuenta de que me quería de verdad, la muy idiota. Aún debía imaginarme en un sillón, junto a la chimenea, rodeado de críos. ¿Es que no se daba cuenta de que toda la policía del país estaba detrás mío como una jauría de perros?

—Eres una mujer de recursos —sonreí—. ¿Cómo podemos arreglarlo?

—El vendaje puedo hacerlo yo, e incluso lavarte la herida del brazo. También puedo dejarte dinero: unos ochocientos dólares. En cuanto al traje, tengo aquí un mono de trabajo para cuando el conserje ha de arreglar alguna avería. No es elegante, pero te

sentará bien. También tengo un chaquetón de cuero casi masculino que he empleado algunas veces para ir a esquiar a las montañas de Vernon.

Y uniendo la acción a la palabra lo sacó todo. Un mono, un chaquetón de cuero, ochocientos dólares. Yo la miraba sin comprender aún que pudiera existir una mujer tan desinteresada como ella. Había algo que no acababa de entrar en mi cráneo, algo que yo no comprendía. Su abnegación estaba más allá de las fronteras del mundo en que yo había vivido.

—Tienes la herida peor —dijo mientras me curaba el brazo—. En la brigada te la curaron bien, pero mañana necesitarás que te la vea otro médico.

—Mañana nadie sabe lo que sucederá. Oye, Sally... —hice una pequeña pausa, mientras tragaba saliva—. ¿Te das cuenta de lo que haces?

—Sí.

—¿Y lo dices tan sencillamente? ¿Es que no ves que esto te puede significar la cárcel para toda la vida?

—No he pensado en ello.

Se puso en pie y me vendó también parte de la cabeza. Lo hizo de una manera discreta, pero poniendo las vendas indispensables para que no se me reconociera a primera vista. Luego pasó a su dormitorio y tardó apenas cinco minutos en vestirse. Antes de abrir la puerta exterior me recomendó:

—Cámbiate y huye apenas haya salido. Luego..., no me tengas sin noticias tuyas.

Antes de que yo pudiese añadir nada, abrió la puerta y salió.

Sentía una extraña crispación en los músculos del cuello.

Sí. Ella estaba más allá de las fronteras del mundo en que yo siempre había vivido.

Me cambié en dos zarpazos y me asomé por la ventana del departamento, llegando a tiempo de ver cómo Sally salía del edificio, acompañada por los dos policías.

No necesitaba preguntar a dónde iban. La acompañaban a la brigada de Homicidios.

Apreté los puños mientras una idea diabólica cruzaba por mi cerebro.

Yo también iría allí.

12

Había empezado a lloviznar sobre Nueva York, y a aquella hora de la noche la circulación era menos densa en las avenidas de Manhattan. Tomé un taxi y pude llegar hasta las cercanías de la brigada de Homicidios sin correr ningún riesgo.

Una vez allí no tuve que esperar mucho.

Sally, acompañada de Lewis y de Lindstrom, salió unos minutos más tarde. Los vi desde una puerta fronterá sumida en la oscuridad. Lewis tomó un Dodge más grande que un portaaviones, que tenía estacionado cerca de la puerta. Con lo que cobraba a sus clientes, ya podía. Lindstrom y Sally subieron solos a un discreto Oldsmobile negro, que arrancó primero y se dirigió hacia el oeste, hacia Jersey City.

Lewis, en cambio, no tenía prisa. Puso el motor en marcha, acarició la palanca de cambios, conectó la radio...

No se dio cuenta de que yo estaba allí hasta que mis dos manos se cerraron en torno a su garganta.

Nunca he visto rostro más atemorizado que el de aquel tipo. Ni siquiera se había dado cuenta de que yo acababa de abrir la portezuela del otro lado, y en el primer momento debió creer que se trataba de una aparición. Sus ojos buscaron febrilmente a alguien que pudiera socorrerle, pero por las inmediaciones no había nadie. Yo hice como que me descuidaba. Su mano derecha voló entonces hacia el tablero de mandos.

Le golpeé la muñeca y le trituré los dedos contra los instrumentos. Allí había una pistola nueva, una Smith de calibre corto, pero limpia y reluciente como una joya.

Lewis me miró aterrorizado.

—Yo soy su amigo, Dan —farfulló—. Sabe que trato de defenderlo...

—Claro que sí. ¿Es que cree que si no supiera eso estaría usted

vivo ahora? Ponga primera y siga sin perder tiempo al coche de Lindstrom. Este es más rápido y no perderá el contacto. ¿Sabe a dónde van?

—Lo ignoro. Lindstrom ha dicho que me telefonearía en cuanto supiera alguna cosa de usted.

—Pues me parece que va a tener que ser él el que reciba el telefonazo. ¡Vamos, mueva pronto este armatoste!

Lewis obedeció.

No sé qué hubiera dicho ante un jurado, pero, desde luego, en estos momentos, él no hubiera dado un centavo por mi alma. Condujo a buena velocidad y, aprovechando el escaso tránsito, pudo situarse a cierta distancia del automóvil de Lindstrom, sin perderlo de vista y sin acercarse demasiado. Tuve que reconocer que era un tipo hábil. Yo no lo hubiese hecho mejor.

—Usted no es solo un leguleyo —dije—. Sabe otras cosas.

—Antes de ejercer como abogado estuve empleado en una agencia de detectives. Hacía este trabajo por lo menos diez veces al mes. Esposas infieles, socios que se largaban con los beneficios de años... A todos había que vigilarlos y seguirlos. —Me miró—. ¿Qué pretende, Dan? ¿Puedo preguntárselo?

—A lo mejor mañana lo lee en los periódicos —contesté sarcásticamente.

No preguntó más. Condujo en silencio un buen rato, sin intentar ninguna falsa maniobra, y en las afueras de Nueva York notamos que el automóvil de Lindstrom se desviaba hacia la derecha por una calle en construcción, llena de zanjas, y al fin de la cual había una casa. Estábamos avanzando con los faros apagados, pero la habilidad de Lewis impidió que cayéramos en alguna de aquellas trampas. A cuatrocientas yardas de la casa le dije que parara. Vimos que el coche de Lindstrom se había detenido allí.

—Descienda, Lewis.

—¿Qué va a hacer conmigo? Sé que no le importa, pero nada conseguirá matándome. Al contrario, puede que yo sea una de sus últimas esperanzas de sobrevivir.

—¿Usted también cree que estoy loco? —reí.

—Puede que lo esté; puede que Lindstrom tenga razón.

—Lárguese, Lewis.

—Sé que va a aquella casa. ¿No teme que lo delate?

—Un abogado no puede delatar a su cliente. Usted perdería todo su crédito si lo hiciera, Lewis. Sé que ahora volverá a su despacho y tratará de olvidarme mientras aguarda los acontecimientos.

Lewis se encogió de hombros.

—Espero que no mate también a esa muchacha, Dan. No me gustaría.

—Eso no le importa. Lárguese.

Se largó.

Yo tenía ahora uno de los mejores automóviles de Nueva York, ochocientos dólares y una pistola cargada. De todo eso solo la pistola me servía, pero era ya bastante.

Despegándome del coche, me acerqué a la casa.

Esta se encontraba completamente aislada y era un excelente refugio a poca distancia de Nueva York, sobre todo por la noche cuando las brigadas de obreros habían abandonado su trabajo en la calle. Las zanjas me permitieron acercarme al edificio con la seguridad de no ser visto, y en las últimas yardas el propio automóvil de Lindstrom me sirvió de parapeto. Me arrastré pasando por debajo del vehículo y, pegado a las paredes de la casa como un reptil; fui rodeándola hasta encontrar un hueco que me permitiese entrar.

Por fin lo encontré. Era una de las ventanas del sótano, y la reja metálica que la cubría estaba medio arrancada.

Quizá alguna de las máquinas que trabajaban en la pavimentación de la calle le había dado algún golpe casualmente.

Procurando no hacer ruido, sin moverme del suelo, me dispuse a arrancarla completamente.

Y fue en ese momento cuando una voz dijo por encima mío:

—Muy bien, amigo. Veo que tú mismo te estás abriendo un agujero para bajar a los infiernos...

No llevaba la pistola en la mano. Eso me daba una cierta ventaja porque mi enemigo no sabía si iba armado o no. Me volví cara arriba, sin moverme del suelo, y entonces lo vi.

Iba vestido de negro. Las solapas de su abrigo casi le cubrían el rostro, pero noté que era j oven. Una pistola provista de silenciador me encañonaba fijamente al cráneo.

—Levántate.

Se distanció de mí un par de pasos, como para evitar toda

posible sorpresa. Yo apoyé ambas manos en el suelo, como si fuera a levantarme. Pero lo que hice en realidad fue saltar.

Me lo jugué todo en aquella pirueta suicida con la que me lanzaba contra mi enemigo. Este disparó, y un leve taponazo rasgó el silencio de la noche. La bala se me llevó casi todo el vendaje de la mejilla. Lanzamos salvajes maldiciones mientras rodábamos los dos.

Como yo era el que había saltado, pude caer encima. Coloqué una rodilla sobre su pistola y le descargué ambos puños en la parte anterior del cuello. Lanzó un estertor, como si le hubiese estrangulado, y durante unos momentos quedó sin respiración.

Fue fácil quitarle la pistola. Le apunté con ella mientras me ponía poco a poco en pie.

—Levántate —ordené.

Pero yo no me puse enfrente, como antes él había hecho. Me situé a su espalda. Noté que el golpe en el cuello le había dado náuseas y que apenas podía tenerse en pie. Tuve que empujarle hacia la puerta con el cañón de la pistola.

—Llama. Yo estaré detrás tuyo. Di que quieres entrar, pero si sueltas una sola palabra de más entrarás en el otro mundo.

Vacilante, llamó. Alguien abrió rápidamente, y entonces él intentó colarse de un salto librándose de mi vigilancia. El que había abierto —y que llevaba ya un revólver con silenciador en la mano— empezó a disparar.

No supo bien dónde colocaba las balas, porque lo único que le guiaba era el rostro de terror de su compañero. Desde un ángulo de la puerta, gasté todo el cargador y los cribé a los dos. Los vi caer como muñecos de goma que estuviesen estallando. Dentro de la casa alguien gritó.

Me lancé adelante, sin vacilar, por un pasillo que comenzaba en la misma puerta. La casa estaba casi a oscuras, pero al fondo había una habitación iluminada. Estaba ya a unas yardas de la puerta cuando alguien apareció llevando en sus brazos, a manera de parapeto, el cuerpo de Sally.

Detuve en seco el movimiento del dedo que ya se cerraba sobre el gatillo. Me arrojé a tierra y el otro disparó, alcanzándome la bala en el pecho. Mi rostro pegó contra el suelo y al levantarlo unas pulgadas me di cuenta de que estaba escupiendo sangre. Otra bala

se astilló junto a mi cabeza. Oí los gritos desgarradores de Sally como si llegaran del otro inundo:

—¡¡Dan...!! ¡Dan...!

Y luego otra voz:

—¡Calla, maldita...!

El solo pensamiento de que aquel tipo pudiera acribillarla a placer me dio una extraña fuerza. Girando sobre mí mismo, igual que un gato panza arriba, disparé mientras Sally gritaba otra vez. El tipo que se protegía detrás de Sally, se había separado un poco de ella para acribillarme mejor. Recibió la pequeña bala de la Smith debajo de la mandíbula y el impacto pareció hacerle estallar la cabeza en dos.

Todo daba vueltas alrededor mío. Tenía la boca llena de sangre y una terrible angustia me dominaba. Sufrí un vómito y apoyé la cabeza en el suelo. La pistola resbaló de entre mis dedos.

Oí a Sally como si gritara muy lejos, muy lejos...

—¡Cuidado, Dan!

Fue a recoger la pistola del caído, pero ya no pudo. Alguien le dio un salvaje puntapié en la mandíbula y la hizo caer hacia atrás. Alguien que empuñaba una cosa negra, reluciente...

Una Luger.

Me volví, mientras la sangre resbalaba de entre mis labios llenándome la cara, y entonces pude verle.

Era Lindstrom.

Lindstrom había montado la Luger y ahora me apuntaba con una estrecha sonrisa en sus labios casi exangües. Hice un esfuerzo para escupirle y lo único que conseguí fue que la saliva cayese encinta de mi rostro. Lindstrom me apoyó el cañón en la sien.

—Esto se ha terminado, Dan, maldito seas...

La detonación pareció llegar desde muy lejos, desde las remotas regiones del más allá. Pensé que morir, al fin y al cabo, no era tan doloroso. Caí de espaldas al suelo y esperé el segundo disparo. Este llegó, pero ahora más cercano, como un trueno que resonase encima de mi cabeza.

Luego la detonación se repitió otra vez. Y otra. Y otra...

¿Pero por qué no sentía dolor? ¿Por qué notaba la sangre seguir fluyendo de mis labios, en lugar de brotar de mi frente? ¿Por qué notaba a través de mis órganos todavía vivos la horrible frialdad del

suelo?

Abrí los ojos.

Alguien estaba inclinado sobre mí, disparando contra alguien que también estaba a mi lado. Pude distinguir confusamente a Lindstrom, cosido a balazos, y la figura encorvada de Lindsay, que vaciaba sobre él toda la carga de su calibre 38. Sólo después de hacerlo se volvió hacia mí.

Sus labios estaban abiertos en una sonrisa.

—Menos mal que he llegado a tiempo. ¿Cómo estás, Dan, muchacho?

Sally, que se había puesto en pie, lanzó un grito.

—Pero... —jadeó mirando a Lindsay—, usted iba a detenerle... Usted le..., le...

—Yo era el único que conocía la verdad de su misión —dijo Lindsay sin dejar de sonreír—. El único que tenía obligación de no perder su pista en ningún momento..., para protegerle. Le presento al agente federal Dan Taylor, que por su extraordinario parecido con Dan Glenfer, reducido a cenizas en el incendio de la penitenciaría de Illinois, fue comisionado por los servicios secretos para convertirse en un asesino...

—Naturalmente, no se podía ordenar a Dan que asesinase —explicó Lindsay mientras me tendía en una butaca y me desabrochaba las ropas para examinarme la herida del pecho—, pero todo tiene su explicación lógica.

Sally había buscado ansiosamente algo de licor y me lo hacía beber. Tosí angustiosamente mientras hacía esfuerzos por mantenerme sereno.

—Una banda de espías internacionales había logrado apoderarse de los planos completos de uno de nuestros más secretos submarinos enanos —continuó Lindsay—, y los vendió a los rusos como se los hubiera podido vender a los de la Arabia Saudí, si estos llegan a pagárselos bien. Eran una banda soberbiamente organizada y siempre habíamos fracasado con ella, aunque esta vez supimos quién había revelado el secreto de los planos y quiénes habían intervenido en la negociación. Lo único que nos faltaba era el jefe. Sin dar con él, sin destruir el cerebro de la organización, no conseguiríamos nada.

Me puso la herida al descubierto y la lavó hábilmente con agua y alcohol que había traído la propia Sally.

—El que había robado los planos era Farley, un cronometrador —explicó—, y el que los había vendido un tal Luke Shelby. Detenerlos y tratar de hacerlos hablar no nos hubiese servido de nada. Eran auténticos tipos duros, acostumbrados a todo, y en el mejor de los casos, cuando hubiesen hablado, el jefe ya se habría puesto fuera de nuestro alcance. Por eso ideamos lo de sembrar la alarma entre ellos. Luke Shelby había entregado al jefe una verdadera fortuna, todo o casi todo lo pagado por los rusos a cambio de los planos. Las partes correspondientes no habían sido repartidas aún a los miembros de la banda. Si en ese momento algunos de ellos morían a manos de un asesino «de los que matan a precio fijo», todos creerían que el jefe lo había contratado para irlos eliminando y poder retirarse con todo el botín. Entonces era fácil que alguien perdiera los nervios y lo delatase. «Resucitamos» a Dan Glenfer de sus cenizas y le encomendamos un asesinato.

—Sally, de todos modos, no te comprenderá —susurré mirando a Lindsay—. Ella no concibe que un agente del Gobierno mate fríamente a un hombre, aunque este sea un espía.

Lindsay terminaba de lavarme la herida.

—Luke Shelby no era solo un espía —explicó—. Se llamaba en realidad Steve Larrigan y había sido condenado a muerte por asesinato y violación cinco años atrás, logrando evadirse en el último momento. Vivió en varias repúblicas sudamericanas antes de decidirse a entrar clandestinamente en los Estados Unidos como enlace de la banda de espías, tentado por los beneficios y confiando en que su asunto se había olvidado ya. Dan Taylor no hizo más que ejecutar la sentencia de muerte, para lo que le procurarlos, desde luego, un permiso especial del gobernador del Estado. Comprendo que no le gustaría demasiado ser verdugo, pero aquello formaba parte de su trabajo. Larrigan, que temía algo, no podía pedir protección a la policía, y por eso había contratado a dos detectives particulares. Pero al fin cayó, y ese fue el primer eslabón.

Calló un instante, mientras con unas pinzas de las cejas impregnadas en alcohol y un pedacito de algodón me limpiaba los confusos bordes de la herida.

—A Farley no tenía que matarle, sino sólo herirle, de modo que

todo pareciera un asesinato fallido. Pero Farley completó aquella noche su siniestro trabajo «equivocándose» en los mandos y condenando a muerte al piloto, un hombre llamado Ley, para que los técnicos creyeran que el proyecto era imperfecto y no empezaran por el momento su fabricación, con lo que los Estados Unidos perderían un tiempo precioso. Las órdenes recibidas por Dan eran: «Si no se defiende lo hieres solamente; si se defiende, mátalos. Tú tienes que salir vivo de allí». Y Dan vengó a Ley matando a Farley. Fue la única ocasión en que perdiste los nervios, muchacho, aunque no voy a criticarte por eso. Antes, una amiga de Farley, la dueña de un local llamado Pretty Cubanita, había puesto en pie de guerra a la banda, y las consecuencias fueron tres hombres muertos en Coney Island. Dan Taylor tenía que luchar contra la policía, que le creía de verdad Dan Glenfer, y contra los grupos de acción de la banda de espías, a quienes su jefe había dado orden de eliminarlo. Pero entre los espías el nerviosismo tenía que cundir. Lo esperábamos... Y entonces, a causa del aviso de una mujer, Dan fue detenido.

Comenzó un sumario vendaje de la herida, solo lo indispensable para poder trasladarlo al hospital sin peligro.

—Entonces apareció Lindstrom —siguió—. La profesión oficial de este era la de siquiatra, y aprovechó esta circunstancia para intentar demostrar que Dan estaba loco. Ya le ajustaría las cuentas más tarde, aunque ahora se salvara de la silla eléctrica. Lo único que pretendía era demostrar a los miembros de su banda que él no lo había alquilado para eliminarlos uno a uno y quedarse con los beneficios íntegros, sino que era un loco que mataba por el placer de matar. Al principio, no sospecharlos de Lindstrom, claro está. Durante la conducción de Dan a Sing-Sing, yo me mostré altanero y brutal para no infundir recelo a los otros, pero me descuidé en el momento oportuno, a fin de que Dan pudiera escapar. No necesito decir que Dan solo recibía órdenes a través de uno de nuestros principales jefes, con el que se comunicaba por medio de un determinado libro en una biblioteca pública. En todo tenía que comportarse como un verdadero asesino profesional. Si los espías sospechaban que no lo era, jamás conseguiríamos nuestros propósitos, sino al contrario. La banda se uniría más.

Hizo una breve pausa y dejó de manipular para que yo

descansase.

—Linda Maney, la mujer que denunció a Dan, había estado a solas con él más de una hora en la habitación de un motel. Lindstrom pensó que bien podía Dan haber confiado algo a la mujer en ese tiempo, y por eso la hizo interrogar por tres de sus hombres a fin de averiguar algún detalle que le permitiera conocer la verdad de aquel misterioso asunto. Porque lo que no le entraba en la cabeza a él era que Dan Glenfer se dedicase a asesinar solo a miembros de su banda... Los tres esbirros la torturaron para hacerla hablar, y al no conseguir nada la degollaron. Lo mismo pensaba hacer con usted, Sally, y al mismo tiempo confiaba que serviría de cebo para atraer a Dan. Por eso le tendió la celada, en la que hizo intervenir nada menos que a dos inocentes: el capitán Armstrong y el abogado Lewis. Debe usted su vida al hecho de que Dan tuviera una idea en el último instante, y relacionara la muerte de Linda Maney con la cita que a usted le había dado Lindstrom. De lo contrario...

Hizo un gesto expresivo y me ayudó a levantarme. Yo no podía sostenerme en pie. Tuve que apoyarme sobre sus hombros y los de Sally.

Los disparos no habían sido oídos por nadie en aquella zona desierta. Pero había dos automóviles para llevarme al hospital. El de Lewis y el que había traído Lindsay.

—Lo que más siento... —balbucí— es haberte engañado, Sally... Por eso he dicho siempre que no te convenía... un tipo como yo...

—¿Tú? Pero si eres un honrado padre de familia.

Estuve a punto de quedarme en el sitio después de toser a causa de la sorpresa.

—¿Yo un padre de fam...? ¿Un padre de qué...?

—Dijiste una vez que te casarías conmigo y que adoptaríamos al hijo de Ley. ¿Es que no piensas cumplir tu promesa?

Tosí otra vez.

—A un agente secreto... —gruñí— para que no hablara demasiado... deberían... cortarle la lengua.

Pero sabía que aquella vez había dicho la verdad más grande y más hermosa de mi vida.

Y Sally lo sabía también.

Notas

[1] Gangster. < <

[2] Club de copas y baile. < <

[3] Metro. < <